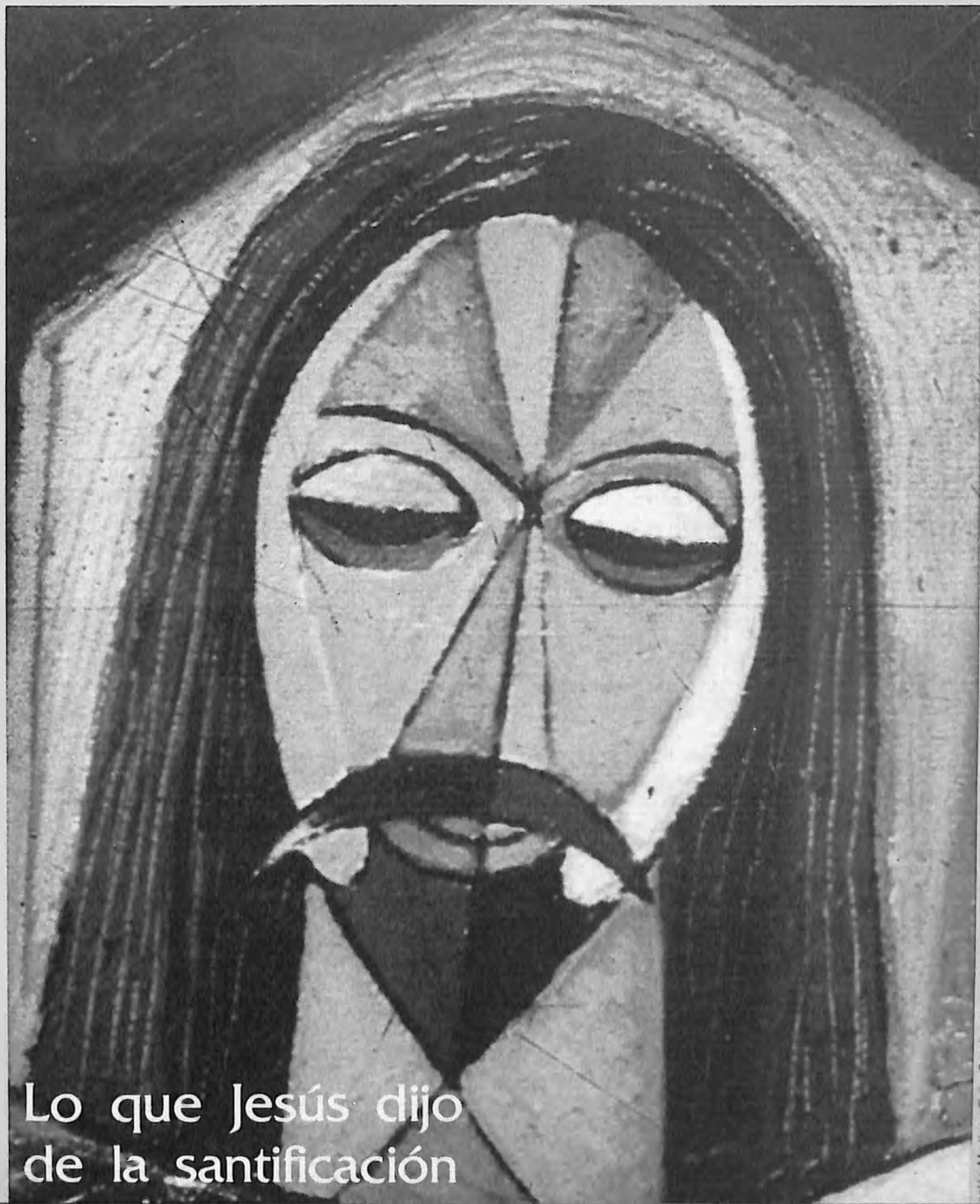


MINISTERIO

adventista

noviembre-diciembre de 1983



Lo que Jesús dijo
de la santificación



“Nuestro primer deber hacia Dios y nuestros semejantes es el desarrollo individual. Cada facultad con que el Creador nos ha dotado debemos cultivarla hasta el más alto grado de perfección, para realizar la mayor suma de bien de la cual seamos capaces. Por tanto, está bien invertido el tiempo que se usa en la adquisición y la preservación de la salud física y mental. No podemos permitirnos empequeñecer o inhabilitar ninguna función del cuerpo o de la mente. Con la misma seguridad con que lo hagamos, deberemos sufrir las consecuencias”.

—Consejos sobre el régimen alimenticio, **pág. 15.**

Año 31 Noviembre-Diciembre de 1983 N° 185

MINISTERIO adventista

CONTENIDO

- 3 El mayor de los pobres
- 4 De los tales es el reino de los cielos
- 7 El líder-siervo
- 9 “Yo la conozco”
- 10 Si yo fuera pastor
- 14 Una cita importante
- 17 Libremos la batalla correcta
- 20 Lo que Jesús dijo de la santificación
- 24 La teosofía y la Biblia

DIRECTOR:

Rolando A. Itin

CONSEJEROS

Carlos E. Aeschlimann

Daniel Belvedere

Severino B. Oliveira

REDACTOR

Daniel Scarone

MINISTERIO adventista

Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires

REGISTRO NACIONAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL
N° 192217

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 6.708

El mayor de los pobres

EL MAYOR de los pobres, era el mayor de los ricos. Y cuando el mayor de los ricos se hizo el mayor de los pobres, el mayor de los miserables fue enriquecido. El mayor de los ricos es Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. El mayor de los ricos es Aquel que es Señor de todos los millones de mundos, de estrellas, de soles, de planetas, de cometas y de galaxias. Aquel que conoce todo este incontable ejército y lo llama por su propio nombre. Sí, El, JESUS, es el MAYOR DE LOS RICOS.

Cuando el pecado puso en peligro la estabilidad, la armonía y aun la supervivencia de sus dominios, el mayor de los ricos se hizo el MAYOR DE LOS POBRES, y de esa manera puede enriquecer la vida del mayor de los miserables: EL PECADOR.

Yo, tú, todos los que nacieron en este mundo traen la herencia mortal del pecado.

El texto sobre el cual estamos hilvanando estos pensamientos es 2 Corintios 8: 9. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos".

Cuando Dios quiso salvar al mundo, se hizo pobre por amor, y al tornarse pobre por amor, Cristo no perdió ni un átomo de su dignidad. Al hacerse el mayor de los pobres, al tornarse el más pobre de los pobres, manifestaba en realidad toda la grandeza de su amor por los perdidos. "No tengo donde reclinar mi cabeza". Al venir aquí como embajador de parte del Padre, se le negó el derecho de reposar la cabeza por primera vez en una maternidad o en una hostería. El establo fue su primer hogar, el pesebre su primera cuna. Desde su nacimiento dio testimonio de haberse vuelto el mayor de los pobres. Ante la escena del pesebre el orgullo y la presunción quedan reprendidos. Muchos no quieren aceptar la honra que se obtiene mediante la humillación. El, el MAYOR DE LOS RICOS, no tenía hogar en este mundo, a no ser el que la bondad de los amigos le deparaba como peregrino; y cuando no aparecía el gesto amigable con una invitación hospitalaria, Jesús iba a los montes, pues si no tenía donde reclinar su cabeza, tenía dónde doblar sus rodillas, y allí quedaba en oración durante toda una noche gozando el compañerismo del Padre.

Comentando el texto que estamos considerando, en *Los hechos de los apóstoles*, página 274, se nos dice: "Conocéis la altura desde la cual se rebajó, la profundidad de la humillación a la cual descendió. Puesto que aprendió la senda de la abnegación y el sacrificio, no se apartó de ella hasta dar su vida. No hubo descanso para él entre el trono y la cruz".

Cuando Dios nos entregó su amado y único Hijo, quedó con las manos vacías. Dios no reservó ni guardó nada para sí. Dio todo. El mundo había entrado en tal desgracia que solamente Aquel en quien están escondidos todos los tesoros podría salvar, redimir, rescatar y enriquecer el producto de sus manos, caído en las garras de Satanás y por eso mismo empobrecido.

Vino, y al venir enriqueció la historia. Enriqueció todas las artes: escultura, pintura, música, etc.

Más todavía, enriqueció y enriquece vidas. Los pobres pecadores son más felices que los más ricos monarcas de la tierra. Una pecadora arrepentida, es más feliz que la más rica dama. Pedro, Juan, María Magdalena, Zaqueo, la mujer samaritana, el ladrón de la cruz, todos ellos y muchos millones de seres humanos fueron enriquecidos por la pobreza que enriquece.

¡Oh, Jesús! El mundo te aceptaría fácilmente si estuvieras reclinado sobre una almohada de terciopelo como hacían los reyes y faraones, pero es en los brazos ensangrentados de tu cruz que te encontramos.

El Nuevo Testamento describe a los apóstoles diciendo: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy". Ellos tenían la pobreza que enriquece. En 2 Corintios 6: 10 se describe a la iglesia "como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo".

Como un estridente contraste se nos presenta a una iglesia que dice: "Soy rica, no tengo falta de nada". Sin embargo, el Mayor de los ricos que también es el Mayor de los sabios nos aconseja: "¡Compra de mí la verdadera riqueza; yo soy el Mercader Divino, estoy a tu puerta! ¡Permite que yo enriquezca tu vida con los tesoros de la fe, con los tesoros del Espíritu! ¡Yo, el Mayor de los ricos, estoy a tu puerta! ¿Abrirás?" - Jose C. Bessa.

De los tales es el reino de los cielos

¿Cómo incluir a los niños en el culto de adoración? Algunas orientaciones y sugerencias para hacerlo con éxito.

Alvin C. Rose

LA CONGREGACION de la iglesia de Pueblo Plácido volvió a mirar los boletines. ¡Allí estaba! "La hora del pastor con los niños". ¿Podría ser que finalmente, después de meses de lápices, papeles, caramelos y chicles, los niños tuvieran su propia parte en el culto de adoración? Efectivamente, hubo un movimiento de vacilación en la plataforma. El pastor Jay Cale avanzó hasta el púlpito y aclaró su garganta (¿tenía un temblor en la voz?).

"La comisión de culto y adoración, reunida ayer, decidió que los niños debieran ser incluidos en nuestros servicios. . . y. . . oh. . . este. . . por favor, ¿pueden pasar los niños adelante?"

Alfredo, que ya iba por el tercer caramelo, cuatro hojas de papel, y dos lápices rotos, oyó la invitación y respondió rápidamente. Saltando de su asiento en la fila 12, con toda la energía de sus siete años, repitió ante la congregación la competencia atlética que había visto en la televisión. La carrera se había iniciado y sólo unos pocos padres tuvieron tiempo para hacer un intento estéril de retener en su partida a los jóvenes atletas.

El pastor Cale pareció a punto de desaparecer, momentáneamente, bajo las "pezuñas" de la atronadora "manada". Luego, un poco agitado por haberse salvado apenas, les sugirió que se sentaran en los escalones de la plataforma. El gran momento había llegado, pero aún había que esperar. Rodrigo, de tres años, que fue uno de los primeros en pasar al frente, descubrió que su madre no estaba con él, comenzó a chillar con todos sus pulmones y se volvió en dirección de la segura falda de su progenitora.

—¡BIEN, NIÑOS! —comenzó el pastor Cale en un valiente intento de tomar la iniciativa— la Biblia dice que Jesús nos ama a todos. . . y la figura que tengo aquí. . .

¡Déjame, Juancito! (Juancito estaba tirándole las trenzas a una niña sentada un escalón debajo de él.)

—La figura que tengo aquí. . . muestra a un pescador. . . ¡Niños, por favor, quietos! Este pescador, ¿qué está tratando de hacer?

—Escaparse de su mamita para no pelear —respondió ruidosamente un pelirrojo de cinco años.

Temblando, el pastor Cale ignoró la respuesta. Juancito, quien momentáneamente había dejado de tirarle las trenzas a su compañerita, terció:

—Capturar a un pez.
(¡Liberación!)

—Sí, eso es correcto. . . no, Susy, no quería dañarlo, sino que. . . No Ricardito, no tengo un bote —la voz del pastor Cale apenas podía escucharse en medio del alboroto.

—Sí, yo sé que tu papito fue a pescar este fin de semana, Margarita. Lo que quiero decir es (con desesperación): Jesús dijo que debemos. . . eh. . . ser pescadores de hombres. Debemos compartir el amor de Dios. . . ¿Qué tienen que hacer ustedes? (El auditorio tiembla, expectante.) Oh, ir a pescar con Jesús (alivio). Sí, . . . eh . . . quiero decir. . . ¡OREMOS! Gracias SeñorportupacienciayamorAMEN.

Mientras los "angelitos" corrían de regreso, orgullosos, a sus lugares (¿no habían contribuido acaso a la educación de su pastor?), el pastor Cale huyó a su púlpito, donde el tema de las 11 se caracteriza por un aire extraño y perturbado.

¡Realmente habían contribuido a su educación! Desafortunadamente el pastor no había podido avanzar más que unos pocos grados bajo la enseñanza de otros maestros antes de matricularse en la Escuela para Aspirantes a Co-

La decisión de que el pastor tenga unos momentos con los niños no debiera tomarse el viernes antes de la gran ocasión. La preparación es esencial. Sea su objetivo compartir con ellos algo de valor que pueda cautivarlos.

municadores del Evangelio a Tiernos Angelitos. Como alguien que ya ha experimentado en ambas escuelas, me gustaría compartir algunas lecciones que habrían ayudado al pastor Cale.

Primero, la decisión de que el pastor tenga unos momentos con los niños no debiera ser tomada por la comisión de culto y adoración, ni aun por el mismo pastor, el viernes antes de la gran ocasión. Hay que hacer planes con cuidado. La comisión debería preguntarse: ¿Qué queremos lograr? ¿Qué ayuda podemos dar a la persona a quien encargamos esto? ¿Cómo podemos usar mejor el tiempo? (Otras preguntas vendrán a la mente.) Colocar la carga de estas decisiones enteramente sobre el líder "ungido" es solamente agregarle aprehensión y ansiedad. Un espíritu de ánimo y estímulo mutuos debiera existir entre el líder y la comisión.

Hay razones válidas para incluir a los niños en el culto de adoración de la mañana. La Dra. Harriet Miller, profesora de Educación Cristiana en el Seminario Teológico de Dayton, Ohio, dice: "Los niños aprenden al experimentar la cercanía de Dios y de sus semejantes. Hay pocos momentos de verdadero temor reverente en un culto de adoración. Los pastores necesitan una relación directa con los niños sobre una base informal de aprendizaje".

La preparación es esencial, más esencial de lo que pensaba el pastor Cale. El Dr. George Boon, clérigo presbiteriano, dice: "En vez de ser simples, los niños realmente entienden cosas profundas. La preparación del servicio de adoración de los niños requiere más exégesis que para los adultos".

Si se necesitan el franelógrafo o algún objeto, debieran estar en su lugar con suficiente antelación. Siempre asegúrese antes que comience el culto de que todas las cosas están allí y no han sido quitadas por "los enemigos del desorden".

Practique. No lea de un escrito. Los niños advierten el nerviosismo. Cuando usted pierde el hilo del pensamiento, estarán contentos de cambiar de tema. Mantener la comunicación con la mayoría de los niños es más importante; ¡es esencial! Párese o siéntese donde tanto los

niños como la congregación puedan escucharlo y verlo.

Hable con claridad, pero no en voz demasiado alta. Los niños se intimidan ante una voz excesivamente alta. Muévase —los niños lo hacen. A los niños les gusta el movimiento y estarán a gusto con su libertad de movimiento. La forma en que usted responda al movimiento *de ellos* determinará el resultado de la experiencia de mutuo aprendizaje.

Predique la Palabra. Asegúrese de que está compartiendo algo que vale la pena comunicar. Ayude a los niños con el resto del culto de adoración adelantándoles algún punto del sermón que les ayude a entender la estructura del mismo. También puede reforzar el interés de los adultos en lo que sigue.

No se moleste si la atención está dividida. Usted generalmente gozará de la atención indivisa de sus adultos y la atención dividida de sus niños. La mayoría de esas criaturas inquietas, de ojos muy abiertos, han venido a escuchar. No se preocupe por los pocos que no están atentos. Es difícil para cualquier orador mantener la atención de tal variedad de edades e intereses. El auditorio de los niños está formado generalmente por los de dos años y medio hasta los de sexto grado. Haga que su objetivo sea compartir algo de valor que pueda cautivar el interés y la atención de la mayoría.

Usted observará igualmente muchas formas de exuberancia infantil, algunas de las cuales le será muy difícil vencer. Su respuesta determinará cuán efectivamente puede comunicarse con el grupo mayor. A continuación presentaremos algunos de los tipos más comunes de niños que distraen y algunos posibles medios para responder/controlar/involucrarlos:

1. *El fanfarrón.* La necesidad de atención de este niño es extremadamente grande. Hará cualquier cosa para lograr su atención y aceptación. Su respuesta puede significar la diferencia entre el orden y el caos. Una palabra suave puede hacer mucho para cambiar la situación. Si el niño sabe que es amado y aceptado cuando actúa en forma menos agresiva su conducta será mucho mejor.

Los niños reaccionan en formas muy diferentes, lo que le exigirá utilizar una amplia variedad de fuentes e ideas. Algunas pocas reglas le ayudarán a compartir con ellos el Evangelio.

2. *El charlatán.* Este niño competirá con usted por la atención del auditorio. Animelo a participar en las actividades del grupo con respuestas tales como: "Gracias por tu participación. Ahora niños, dejemos que todos escuchen lo que la Biblia (o la lección objetiva, o el pastor, etc.) tiene para decirnos".

3. *El asustado.* Este niño está intimidado por el ambiente. Tomar un momento para confortarlo no está fuera de lugar. Algunos niños pueden ser calmados animándolos a que vengan cerca de usted.

4. *El inquieto.* Si el niño no está destruyendo el jarrón de flores donado en memoria de la abuela Jennings, o algún elemento igualmente importante de la iglesia, no se moleste por su vagabundeo. Si fuera necesario "rescatar" al niño, hágalo sin comentarios y con el menor disturbio posible.

5. *El aburrido.* Ocasionalmente, usted será saludado por unos ojos fijos en el vacío, indiferentes a sus comentarios. No se alarme; incluya a este niño en el programa con un ademán o tocándolo. Hágale sentir que se interesa por su presencia. El afecto hará mucho para abrirle la personalidad.

6. *Los niños grandes.* ¿Recuerda al hermano Francisco? Por el momento aún mantiene su interés. Igual que muchos adultos presentes, está escuchando y no justamente por la aguda (o embarazosa) respuesta que su hijo pueda dar. Puede estar recordando cuando era niño y escuchó por primera vez el mensaje del Evangelio. Este momento especial no es sólo un momento para que los niños lleguen a ser adultos en miniatura; sino que es una ocasión también para que los adultos lleguen a ser como niños, escuchando con fe y confianza sencillas la verdad del mensaje del Evangelio.

Pero una palabra de advertencia: no use el tiempo especial de los niños para enviar mensajes "codificados" a sus adultos. Usted cuenta con la siguiente media hora para tal propósito.

¿Qué debiera compartir el líder con los niños? Un pastor usó varios meses explicando los objetos del santuario y la importancia de ellos en relación con la adoración. Otro imprimía un

boletín especial para los niños cada semana en que se explicaban diferentes aspectos de la adoración. Contar el origen de los himnos o la experiencia de los que los escribieron es siempre apropiado. Los pioneros bien conocidos de la Iglesia ofrecen una rica fuente de historias.

Experimente con una amplia variedad de fuentes e ideas. Unas pocas reglas sencillas pueden ayudarlo a compartir el Evangelio:

1. *Use la variedad.* Un sólo estilo de comunicación no puede ser eficaz para todos los niños en todas las situaciones. La variedad es la clave para una comunicación significativa.

2. *Sea usted mismo.* No trate de actuar o ser alguien diferente de lo que usted es en otras circunstancias. Si no está en su propio papel los niños lo sentirán.

3. *Comunique entusiasmo* en lo que está haciendo, pero nunca hable con altivez a los niños. Esfuércese por tratar a cada uno como a un individuo a quien está enseñando e instruyendo.

4. *Permita lo inesperado.* No se desanime por las risas a propósito del comentario de un niño, o por la falta de risas. Sea paciente cuando ocurren distracciones. Después de todo, tiene el dominio del terreno y algunos están escuchando el mensaje que comparte.

5. *Prepárese.* La atención de su audiencia generalmente estará en proporción con su preparación.

6. *Tenga un deseo sincero de compartir el amor de Dios* por medio de su Palabra. Este es el único requisito de estas reglas.

¿Cuánto afecto puede compartir con los niños? Usted sólo puede especular acerca de cómo aplicarán las lecciones. Pero inevitablemente los angelitos llegarán a ser los adultos de su congregación. Y tendrá la cosecha de las semillas que haya plantado en el jardín de su fe.

¿Qué otra posibilidad hay sino marchar adelante en paz y amor, invitando a los niñitos a venir y participar en las experiencias de crecimiento que activarán su fe? ■

El líder-siervo

¿Qué espera una congregación de su pastor? ¿Cuál es el papel principal del ministro? ¿Cómo podemos llegar a desarrollar ese papel?

Víctor Cooper

¿**QUE ESPERAN** las congregaciones del ministro? ¿Qué clase de ministro prefieren?

La Asociación de Seminarios Teológicos de los Estados Unidos y Canadá financió durante tres años un proyecto que demostró que las congregaciones tienen tres grandes expectativas respecto de sus ministros:

En *primer* lugar esperan que el ministro esté dispuesto a servir sin buscar ni considerar aclamaciones.

En *segundo* lugar esperan integridad personal y confiabilidad. Desean que el ministro cumpla sus compromisos y sus promesas aun bajo presiones para alterarlas.

En *tercer* lugar esperan que sea un cristiano ejemplar a quien puedan respetar.

¿Dónde pueden encontrar las congregaciones tales modelos de cristianos, humildes, honestos y confiables? Sin duda los encontrarán entre quienes, como el Maestro, estén decididos a poner sus vidas por los hermanos (1 Juan 3: 16).

El papel principal de un ministro no es el de dominio sino el de servicio. El papel del siervo era bien entendido en Inglaterra en el siglo XIX. Muchos de mis antepasados estuvieron buena parte de su vida "en servicio". Mi padre y mi abuelo fueron caballeros labradores de Lord Choldmondeley en Siseley Oak Farm, en Malpas, Cheshire. La madre de mi esposa realizó un buen servicio en Londres; su abuela fue cocinera en el castillo de Leeds. Ellos nos contaban que en aquellos días la principal posesión de un siervo era su "carácter". Si por alguna razón uno perdía su "carácter" no podía ser recomendado por su empleador y habría perdido la posibilidad de asegurarse trabajo condenándose al desamparo en un estado que no tenía obras sociales.

Así, todos los que estaban "en servicio" eran obligados a realizar un buen servicio. Algunos podían adular, halagar, favorecer o rebajarse para ganar o hacer un favor, pero todos cultivaban cuidadosamente el deseo de complacer.

Las relaciones en este aspecto fueron ilustradas en una serie de televisión de la BBC: "Upstairs, Downstairs" ("Piso de arriba, piso de abajo").

En *Akenfield – a Portrait of an English Village* (Akenfield, un retrato de un villorrio inglés), Ronald Blythe describe el servicio de Christopher Falconer, el jardinero: "Su modo es rápido y previsor. Hay en él un anhelo de dar, de ayudar, de suavizar el camino" (Nueva York, Dell Publishing Co., pág. 120).

Los que vivían en el "piso de abajo" aprendieron de la aristocracia una bien educada cortesía y una pulida consideración por los demás. Se volvieron agraciados, afables y atentos. Eran gentiles y refinados. Cultivaron el arte de ser caballeros y damas. Los que vivían en los "pisos de abajo" adoptaron las maneras de los que vivían en los "pisos de arriba". ¡Los líderes-siervos cristianos de hoy hacen lo mismo! Por la contemplación somos transformados.

Jesús habló del problema de falsos líderes en la iglesia. El los describió (como se registra en Juan 10) como mercenarios, gente que ejecuta las órdenes de cualquiera por el pago. Están siempre listos a esquilar la oveja. En vez de tratar los problemas de la congregación local, se preguntan: "¿Cómo puedo sacármelo de encima? ¿Cómo puedo obtener una solución intermedia?" Lejos de estar dispuestos a "poner su vida por sus ovejas" son servidores de sí mismos.

Una descripción adicional de esta clase de líder de iglesia aparece en Mateo 23 donde se los caracteriza como interesados en las apariencias, en mostrar, en fingir; se presentan a sí mismos como genuinos y parecen muy agradables, pero son hipócritas, desempeñan un papel falso; pretenden ser píos y virtuosos sin realmente serlo. Engañan a otros acerca de su carácter real y sus sentimientos verdaderos. Hacen largas oraciones –en la iglesia, naturalmente. Se aprovechan del pobre y del necesitado y devoran la propiedad de la viuda. Les gusta ser saludados respetuosamente en la calle como "rabi" o "maestro". Jesús, advirtió que esto

no debía ser así. (¿Qué habría dicho hoy respecto de nuestra fascinación por los títulos y grados?)

“Ustedes recorren mar y tierra para hacer un prosélito” –declaró Jesús, evidentemente hablando a los que tenían presupuestos de viaje. “Pero son guías ciegos. Sus enseñanzas no son lógicas ni justas. Dicen que se puede jurar por el templo pero no por el oro del templo. ¡Hipócritas! Pagan diezmo de la menta, el eneldo y el comino y dejan pasar lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. . . ¡Guías ciegos, que cuelan el mosquito y tragan el camello!” (Véase Mat. 23: 14-16, 23, 24.)

¿Piensa usted que el Señor diría estas mismas cosas a algunos de los líderes de su iglesia hoy? ¿Son nuestras prioridades paralelas a las de El, o estamos ocupados en colar el mosquito, las minucias, desperdiciando nuestro tiempo en fragmentos y descuidando lo más importante: comunicar el corazón del Evangelio?

Al final de este pasaje, nuestro Señor se vuelve a los sabios y maestros, tan preocupados con escrúpulos y minucias, y los llama engañosos, traidores y peligrosos, generación de víboras.

Sin embargo su principal problema no aparece como tan maligno: ¡Son simplemente orgullosos! Pero el Señor odia el orgullo. Este convirtió a ángeles en demonios una vez y aún puede transformar el infinito bien en infinito mal. Estos clérigos parecen dignos, pero el Señor dice que son arrogantes e inflexibles. H. W. Beecher comentó: “Cuando las flores están llenas del rocío del cielo, siempre inclinan sus cabezas. Pero los hombres las levantan tanto más cuanto más reciben, tornándose orgullosos en la medida en que se llenan”.

En contraste miremos las características del líder-siervo, quien tiene como su ejemplo al Hijo del Hombre, Jesucristo, que “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat. 20: 28). Los capítulos 42, 49, 50 y 53 de Isaías contienen cuatro cantos del siervo que describen a nuestro Siervo-Maestro. “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare” (Isa. 42: 3). Siente que ha trabajado en vano y sin provecho ha consumido sus fuerzas, pero cada mañana se despierta para oír la voz de Jehová y lo escucha como un discípulo (Isa. 49: 4; 50: 4). Fue despreciado y rechazado, oprimido y afligido, pero permanece silencioso delante de sus condenadores. Lleno de pesar reconoce esto como parte del plan del Señor, pero finalmente queda satisfecho porque por medio de su ministerio de

sufrimiento, muchos serán hechos justos (Isa. 53: 3, 7, 10, 11). Así como el Maestro, el líder-siervo de hoy escucha el llanto de los dolientes, sufre con el corazón quebrantado, empatiza con él, ayuda a llenar las necesidades de las personas, y trabaja a toda hora en ello.

Como Felipe, está sujeto a la dirección del Espíritu de Dios.

Como María, está dispuesto a estar quieto ante la presencia de Dios.

Como Juan, está dispuesto a permanecer cerca de Jesús.

Y como su Maestro, es sensible, se impresiona ante los sentimientos ajenos, queda dolorido por sus debilidades y enfermedades y es movido a compasión por los miembros de su iglesia. Se aflige por sus hogares deshechos, por el continuo poder del pecado sobre sus vidas, su falta de interés en el estudio de las Escrituras, sus inasistencias a la Escuela Sabática y a los cultos de la iglesia, su tibieza, su carencia de poder espiritual y de vigor, su estrechez de mente, su actitud de crítica, su legalismo, sus falsos conceptos y errores respecto de los grandes principios del Evangelio y su falta de seguridad respecto de su salvación. Pero frente a todo esto, por su gran amor al Maestro y porque alegremente se considera siervo de Cristo, seguirá trabajando indefinidamente para llevar reconciliación y redención a las vidas de todos aquellos a quienes sirve.

Nuestra iglesia está construida alrededor de tales líderes-siervos –pagos y no pagos–, amables, generosos, nobles, cristianos. Y esta amabilidad, compasión y amor mantiene unidas a nuestras familias en la iglesia. La iglesia no prospera debido a las estructuras administrativas o a las promociones departamentales, sino al aprecio mutuo y la lealtad de los miembros. Es la profundidad del amor por el Señor lo que inspira las más nobles acciones. La iglesia necesita organización –bien desarrollada, eficiente y creciente– pero sólo para asistir a quienes están personalmente dedicados al Señor. La dedicación personal precede a la actividad pública.

¿Qué, pues, requiere el Señor de los líderes-siervos? “Hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miq. 6: 8).

Muy a menudo la humildad es mal entendida. Ser humilde no es ser tímido, sometido, inepto, miedoso. Tiene que ver con la satisfacción, la madurez y la alegría. Andrés Murray la definió de este modo: “Humildad es calma perfecta del corazón. Es no tener aflicción. Es nunca estar enojado o irritado, apesadumbrado o

“Yo la conozco”

Iracilda Rodrigues Stabenow

ESTE AÑO mi esposo y yo completamos 19 años en el ministerio. A veces cerramos los ojos y recordamos cosas —¡tantas cosas...!— alegres y tristes, gratas e ingratas, que ocurrieron en ese período de trabajo.

Recuerdo, por ejemplo, los primeros años allá en Nanuque, lugar difícil, recién casados y lejos de todo lo que nos era querido. Mi esposo se lanzó al trabajo, incansable, entusiasta, con todo el vigor de la juventud. Recuerdo aquella primera serie de conferencias. Cada noche el salón se llenaba y mi esposo se sentía feliz. Yo, por mi parte, en una pequeña sala, luchaba con los niños. Casi me desesperaba con el ruido ensordecedor de esos muchachitos. Parecía que nadie prestaba atención a lo que yo decía, por más material audiovisual que les presentara.

El tiempo fue pasando. Meses después mi esposo vio las primeras almas bautizadas como fruto de las conferencias. Allí estaban los resultados de su trabajo. El podía verlas, abrazarlas y su rostro dibujaba una amplia sonrisa de satisfacción. Yo, por el contrario, si bien era cierto que me sentía feliz con el éxito que Dios concedía a mi esposo, tenía una sensación de fracaso en el fondo de mi corazón. ¿Qué había logrado? ¿Podía ver el resultado de mi trabajo? Parecía que no. Aquellos niños continuaban con su irreverencia y tuve la sensación de que había perdido mi tiempo.

Pasaron muchos años. . . Cierta día, cuando

pasaba por la entrada principal del Instituto Adventista de Ensino (San Pablo, Brasil), ocurrió algo muy interesante. El joven que supervisaba la entrada, mirándome fijamente, dijo: “Yo la conozco”. Al principio me sorprendí. Pero él continuó: “En Nanuque, sí, fue en Nanuque. Nunca la podré olvidar. Ud. me enseñaba cuando yo era niño. Era el más ruidoso del grupo. Ud. muchas veces sintió deseos de expulsarme, podía verlo en sus ojos. Yo veía que Ud. estaba desilusionada con los niños; pero mire cómo son las cosas, nunca me olvidé de todo lo que Ud. dijo. Muchas veces sentí deseos de salir de la iglesia, pero siempre recordaba sus consejos, sus palabras. Ellos fueron los que me ayudaron a permanecer en la iglesia y a prepararme para servir algún día en la Obra como pastor”.

Aquella noche, oré al Señor y le dije: “Oh, Señor, perdóname por haber pensado que mi trabajo no daba frutos. Hoy, después de tantos años pude ver en ese muchacho los frutos que creí que nunca iría a cosechar. Muchas gracias, Señor, por permitirme ser la esposa de un pastor”.

A veces cerramos los ojos y recordamos cosas —¡tantas cosas. . .!— y algunas de ellas nos hacen derramar alguna lágrima de gratitud, como ésta por ejemplo. ■

Iracilda Rodrigues Stabenow es esposa del pastor Paulo Stabenow, director de la Compañía de Alimentos de la DSA.

desilusionado. Es no esperar nada ni asombrarse por nada de lo que puedan hacernos. Es mantener la calma cuando nadie nos elogia o cuando somos culpables o despreciados. Es tener un hogar bendecido en el Señor, donde podamos ir y cerrar la puerta y arrodillarnos ante el Padre en secreto y estar en paz como el mar profundo cuando todo a nuestro alrededor es problemas y preocupación”.

El líder-siervo está siempre en servicio. Nunca piensa en otra cosa. No tiene otra ambición.

Está contento con su suerte. Como bien dijo Horacio Bonar:

“Vé, trabaja y consume tu vida por amor, sea tu gozo hacer del Padre su santa voluntad;

si tal fue la senda que el Maestro siguió, ¿no habrá el siervo de imitarlo en santidad?” ■

Victor Cooper es director asociado del Departamento de Comunicación de la Asociación General

Si yo fuera pastor

Un programa sugerente para atender no sólo su primera congregación sino también la segunda, la que no se reúne en su iglesia los sábados de mañana.

Herbert Ford

¡SI YO fuera pastor. . .! La proposición es suficiente para tentarme a la elocuencia por la sencilla razón de que yo *no soy* pastor, no tengo que enfrentar los problemas del pastor, y, en realidad, nunca he sido pastor a pesar de que soy ministro ordenado y he trabajado estrechamente con cientos de pastores, tanto en los buenos tiempos como en los malos.

Desde luego, me doy cuenta de que algunos lectores (quizá muchos) dirán: "Si usted no ha sido pastor, no podrá entender mis problemas ni compartir mis alegrías ni soportar mis penas. Y aunque usted hubiera sido pastor, probablemente no lo habría sido en una ciudad del tamaño de la mía, con los problemas realmente espantosos que encuentro en mi congregación, y con la lastimosa administración de la asociación que es la cruz especial que debo cargar. De cualquier manera, ¡usted no podrá decirme nada!"

Pero esto es levantar demasiada polvareda. La "deficiencia" de no ser pastor realmente puede proporcionar la oportunidad de una perspectiva con un valor particular. Así que, al invitarlo a contradecirme cuando me desvíe demasiado de la senda, estoy seguro de apelar a sus intereses a pesar de la "desventaja" de no ser pastor.

Si yo fuera pastor, recién asignado a un nuevo distrito, dedicaría una hora o dos, en algún momento entre la descarga del camión de mudanzas y la conexión de los servicios en la nueva casa, para tomar conciencia de que mi parroquia debe incluir no sólo los 391 miembros registrados en los libros de la iglesia, sino también cada persona de mi nueva ciudad: el comandante de bomberos, el supervisor local de escuelas, el autonominado vocero de la gente pobre que se apiña al oeste de las vías del tren; el comisario y el jefe de la sección contra los vicios, y el gerente del supermercado A, aun cuando tenga la intención de comprar en el supermercado B.

Interesado en captar las necesidades especiales de mi comunidad, resolvería visitar a una

de tales personas –por lo menos una– cada semana, no importa lo que tenga entre manos, cuántos casamientos o sepelios tenga que hacer para los santos que ocupan los bancos de mi iglesia cada sábado por la mañana. Y, además, para lograr este objetivo añadiría la resolución de dejar todo e ir a tomar de la mano a quienquiera esté sufriendo, ya sea el intendente de la ciudad, o la madre y el padre de los dos niños asesinados por un borracho enloquecido. No tendrá importancia si ellos son miembros de mi congregación o no, porque consideraré a la comunidad entera como mi congregación.

Por supuesto, algunos criticarán la amplitud de tal misión pastoral. Así fue criticado Cristo por los miserables fariseos, cuando Él iba a cenar con publicanos y pecadores, a consolar perdidos y mujeres de la noche. Cuando se le llamó la atención por tales asociaciones, el Maestro replicó: "Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Luc. 5: 31, 32).

Siempre ha sido difícil para muchos de nuestros miembros de iglesia darse cuenta de que, para apelar con amor a un pecador, tenemos que relacionarnos con ellos, y ganar su confianza y efecto. No podemos mantener a una persona a la distancia y apelar a su vida como debemos si, por la gracia de Dios, hemos de ser instrumentos de su amor.

Howard Weeks, en su libro *Breakthrough*, cuenta que un pastor adventista aceptó esta clase de misión pastoral. Puesto que él estaba interesado y a la vez era interesante, se convirtió en un miembro activo del *Rotary* y se le pidió que fuera el capellán del club. Él decidió ir más allá de la simple oración por los alimentos. Ministró a las necesidades espirituales de aquellos hombres; los visitó cuando estaban enfermos, los alentó cuando estaban abrumados, los aconsejó cuando estaban espiritualmente débiles.

Cuando fue llamado a otro distrito, aquellos rotarios, por los cuales él había hecho tanto,

celebraron una cena de despedida en su honor. Cada uno dio testimonio de algo que el pastor había hecho para ayudarlo. Cuando terminaron, el pastor les hizo presente una vez más, ahora como grupo, la gran carga espiritual que llevaba sobre su corazón por cada uno de ellos. Dijo que lo más importante que cada uno podía hacer era preparar su vida para entrar en el reino eterno al cual todos estamos destinados. Casi no quedó un ojo sin lágrimas cuando terminó. El los había ubicado dentro del círculo del amor de Dios y había apelado a su naturaleza superior.

Cuando llegó a su nueva ciudad, aun antes de que se hubiera establecido, leyó en el periódico que el comisario de la policía estaba en un serio problema político con diferentes facciones. En un acto que había llegado a ser casi una segunda naturaleza, salió de su casa, se dirigió al cuartel, y pidió ver al jefe de policía. ¡Nunca antes había estado allí! ¡No conocía al jefe de policía! ¡Recién había llegado a la ciudad!

En la oficina del comisario se identificó como el nuevo ministro adventista. "Sólo sentí que debía venir a verlo esta mañana –explicó–. No sé nada acerca de los asuntos políticos involucrados en esta disputa; no es mi especialidad. Pero sé que en una situación como ésta un hombre está bajo la gran tentación de hacer lo *expeditivo* antes que lo *correcto*. Sólo he venido esta mañana para animarlo. Haga lo correcto, comisario. No importa cuánto le cueste, haga lo que en su corazón considere que es correcto".

Los ojos del policía se llenaron de lágrimas. "Siéntese –dijo, tomando al pastor por el brazo–. Nadie me ha hablado así desde que era niño y me sentaba en la falda de mi madre". Luego conversaron, el pastor y el jefe de policía, durante un largo rato. Se arrodillaron juntos allí en el cuartel y oraron. Cuando el pastor se fue, dejó detrás de sí a un hombre más fuerte, a un hombre más próximo a Dios, porque lo había visitado.

"Nuestra actitud hacia la sociedad en cuyo medio Dios nos ha puesto determinará nuestro éxito en la comunicación quizá más que cualquier actitud actual desfavorable de aquella sociedad hacia una iglesia –escribe el Dr. Weeks→. Consideremos la comunidad no solamente como un campo de batalla del cual podemos retirarnos con un puñado de fieles, quemando el resto como terreno estéril. Más bien veámosla como una sociedad de hijos de Dios, a todos los cuales hemos de ministrar, y a los cuales, si es posible, hemos de salvar".

Naturalmente, muchos pastores sobrecargados de trabajo pueden muy bien contradecir

este punto de vista del ministerio: "¿Cómo voy a ir a sostener las manos de las personas necesitadas de la comunidad, cuando ni siquiera tengo suficiente tiempo para sostener las manos de mis propios feligreses?"

Si yo fuera pastor, reordenaría mis prioridades con respecto a mi propia congregación. Determinaría que habría de ponerlos a trabajar, de una manera u otra, haciendo la misma tarea que yo al buscar personas en la comunidad a las cuales puedan mostrar amor y comprensión, y de esa manera, el amor de Cristo.

Usted ve, no podemos alcanzar a nuestras comunidades para Cristo a menos que aprendamos a conocerlas. Cuando usted predica a su congregación, ¿cómo sabe *qué* predicar? Usted ha conseguido acercarse a sus miembros y conoce sus necesidades. Y sus sermones reflejan, –o deberían reflejar– esas necesidades. Lo mismo sucedería con su comunidad en conjunto: si usted se relacionara estrechamente con su comunidad, por causa del Evangelio, entonces llegaría a conocerla. Y su congregación puede ayudarlo; en verdad, para evitar problemas entre ellos, necesitan ayudarlo.

Es sorprendente cuánta ayuda puede pedir a su congregación para conocer a su comunidad. Divida a los miembros en pequeñas unidades recopiladoras de datos. Una unidad puede estudiar la población de la comunidad, su estructura de edades, la cantidad de familias jóvenes con niños, su educación y niveles de ingreso, qué casa habitan, la distribución del ingreso, divisiones étnicas y raciales, etc. Otra unidad puede estudiar los planes de desarrollo de la comunidad; otra, la historia de la ciudad; otra, la estructura religiosa de la comunidad; y otra, los medios de comunicación.

Y mientras todas estas unidades estén haciendo su trabajo, tendrán oportunidad de hacer saber a la comunidad que la iglesia está interesada en ella, y podrán decir alguna palabra de aliento y ayuda aquí y allá.

Cuando diez o quince de estas unidades estén funcionando con cuarenta y cinco a setenta y cinco de sus miembros comprometidos directamente, la noticia se irá esparciendo rápidamente de que la iglesia trata de conocer y alcanzar su comunidad mediante la amistad.

Y mientras estas distintas unidades están trabajando, si yo fuera pastor, continuaría visitando por lo menos a una persona líder de la comunidad cada semana. Estas visitas no serían para concertar estudios bíblicos, sino para descubrir terreno común, para hacer amigos y para aprender todo lo que pudiera acerca de

cómo ven esas personas las necesidades de la comunidad y cuál podría ser la contribución de mi iglesia. Hablaría en términos amistosos y estaría muy atento a sus actitudes acerca de la iglesia. Créame, si usted visita regularmente a las personas de esta manera, ¡los estudios bíblicos aparecerán solos!

En las visitas personales a la comunidad, los miembros de las unidades de estudio de la iglesia y yo tendremos nuestras antenas bien extendidas para captar las señales directas o indirectas que la gente nos hace acerca de nuestra iglesia. Esta es una información estratégica importante que necesitamos usar con oración.

Si yo fuera pastor, me dedicaría a usar la valiosa información que mis unidades estuvieron reuniendo acerca de la comunidad. Convertiría a cada miembro de la iglesia en un evangelista de relaciones públicas para asegurar que nuestra iglesia se presenta a la comunidad como un amigo, que busca amistad, y que está listo para ayudar de una manera cristiana, lo que naturalmente atraerá reciprocidad.

Como pastor, sabría (y haría saber a mi pueblo) que la estrategia para la amistad fracasará si cada miembro de la congregación no es consciente de que él o ella crea la realidad tras la imagen de la iglesia en la mente del público. Por todos los métodos necesarios, enseñaría a mi iglesia que no estamos simplemente buscando ganar la atención del público; queremos *amistad* con nuestra comunidad. Queremos hablar como un amigo a otro. Cuando hablamos con nuestros vecinos, no queremos hablarles como comerciantes religiosos. Queremos hablarles como amigos, y eso es muy diferente.

Mis miembros de iglesia llegarán a saber que un amigo *habla*, sí, pero también *escucha*, y esto significa que la iglesia escucha a la comunidad tanto cuanto pide que la comunidad escuche a la iglesia. Y mis miembros de iglesia aprenderían que un amigo no se va de la comunidad cuando se necesita hacer un trabajo comunitario o juntar fondos para una nueva biblioteca municipal.

En realidad, ¿dónde está la mayoría de los cristianos adventistas cuando hay que realizar trabajos en la comunidad? Demasiado a menudo están ocupados planificando un duplicado de la organización ya establecida en esa misma comunidad para aplicarla dentro de la iglesia. ¡Qué ejercicio para mantenernos a distancia de los blancos que nuestro Señor nos comisionó a alcanzar! Si yo fuera pastor, emplearía mucha energía para enseñar a mi congregación que no sólo debemos salir, sino que debemos llegar a

la comunidad. Señalaría tantas veces como fuera necesario que una iglesia no puede extender una invitación espiritual si no cuenta previamente con amigos. Por supuesto, vendrán algunos que buscan curiosidades, algunos descontentos quizá. Pero, ¿amigos? ¿Cómo podrían venir si no existen?

Como pastor diría a mi congregación que no podemos esperar que las personas de nuestra comunidad se interesen en las metas y planes de nuestra iglesia, a menos que crean que nuestras metas y planes tienen algún valor para ellos y la comunidad. En resumen, que somos sus amigos.

“Trataría, con mi congregación, de llegar a la comunidad. De hacernos amigos de ella. Entonces podremos pensar en invitarlos a nuestra iglesia”.

Para ello, formaría una organización de relaciones públicas compuesta por lo menos de cinco comisiones. Una comisión de hospitalidad muy activa y alerta, que manejaría la recepción en la iglesia y el seguimiento posterior. Esta comisión también invitaría a las autoridades a nuestra iglesia, y establecería contactos con todos los nuevos residentes de la comunidad, dándoles la bienvenida e invitándolos a asistir a nuestra iglesia.

Una comisión de publicaciones editaría un noticiero y prepararía el boletín de la iglesia, y mantendría un actualizado e interesante tablero (vitrina) de noticias.

Una comisión de información pública contaría a nuestra comunidad lo que sus amigos en la iglesia están haciendo semana tras semana, con relatos y fotografías en los periódicos, y comunicados para la radio y la televisión. Esta comisión también redactaría noticias para el boletín de la Unión, para la *Revista Adventista* y otras publicaciones denominacionales.

Otra comisión establecería contactos directos en la comunidad, buscando cómo nuestra iglesia puede participar en los programas comunitarios que ya existen, visitando personas influyentes de la comunidad en un clima de amistad, e informará a nuestra congregación de los programas que debiéramos iniciar, que ayudarían directamente a la comunidad. Esta sería

una comisión de desarrollo de amistades, si se la quiere llamar así.

La quinta comisión sería una comisión de investigación, encargada de realizar encuestas en la comunidad, de reunir información especial sobre los distintos acontecimientos y grupos en la comunidad, y de proveer a todas las otras comisiones las informaciones necesarias para que tengan éxito en su tarea.

Ahora bien, esta organización podría involucrar cincuenta a cien miembros, pero usted probablemente todavía tendría gente que de todos modos no está haciendo nada significativo para compartir su fe. No será fácil, por supuesto, organizar y mantener estas comisiones, pero al hacerlo así, por la gracia de Dios, logrará que entre nuestra iglesia y la comunidad se establezca la clase de relación que creo que el Cielo puede y quiere bendecir. Recuerde que cada alma allí afuera en las calles de mi comunidad es tan preciosa para Dios como lo son los santos que vienen sábado tras sábado a su santuario.

En realidad, esta comunidad es parte de mi congregación mi segunda congregación. La primera congregación está compuesta por mis miembros, pero mi segunda congregación se reúne al igual que mi primera congregación cada sábado por la mañana. La única diferencia es que algunos de los miembros de mi segunda congregación se reúnen en el campo de golf o la cancha de tenis, otros están reparando sus automoviles o cortando el césped, o lavando ropa, o simplemente descansando después de cinco días de trabajo.

La obra de Dios no será terminada hasta que mi congregación llegue a conocer claramente el gran plan de salvación que el Cielo ofrece a cada ser humano. Y la verdad es que muchos menos de los que conocemos han tenido ya esta oportunidad. La mayoría nunca escuchará la historia si nos ven como comerciantes espirituales que vienen a venderles "religión". Pero si vamos como amigos, amigos que han estado trabajando entre ellos hombro con hombro en los programas comunitarios, entonces es muy probable que nos escuchen de buena gana.

Como pastor, gozosamente devoraría todos los jugosos bocados de información de la comunidad recogidos por nuestra comisión de contactos. Y, de seguro, ya estaría conociendo por mí mismo la ciudad y la gente de la comunidad en mis visitas —por lo menos una a la semana— a personalidades de la ciudad. Daría por sentado que mi constante presencia en la comunidad

generaría pedidos para hablar ante clubes y otros grupos, para participar en ferias de la comunidad, banquetes, y cosas por el estilo. Esto sería algo que cultivaría de manera sencilla y modesta, porque así me convertiría en una figura familiar y amistosa para muchas personas de la ciudad. Por supuesto, como todo lo demás podemos llevarlo a extremos. Debo tener tiempo para ministrar a mi primera congregación. Pero, realmente, no son asuntos excluyentes. Si se mantiene el equilibrio, este plan me acercará más a la comunidad, y hará que mi propia iglesia esté más interesada en la comunidad, lo cual es ciertamente uno de los objetivos de mi ministerio.

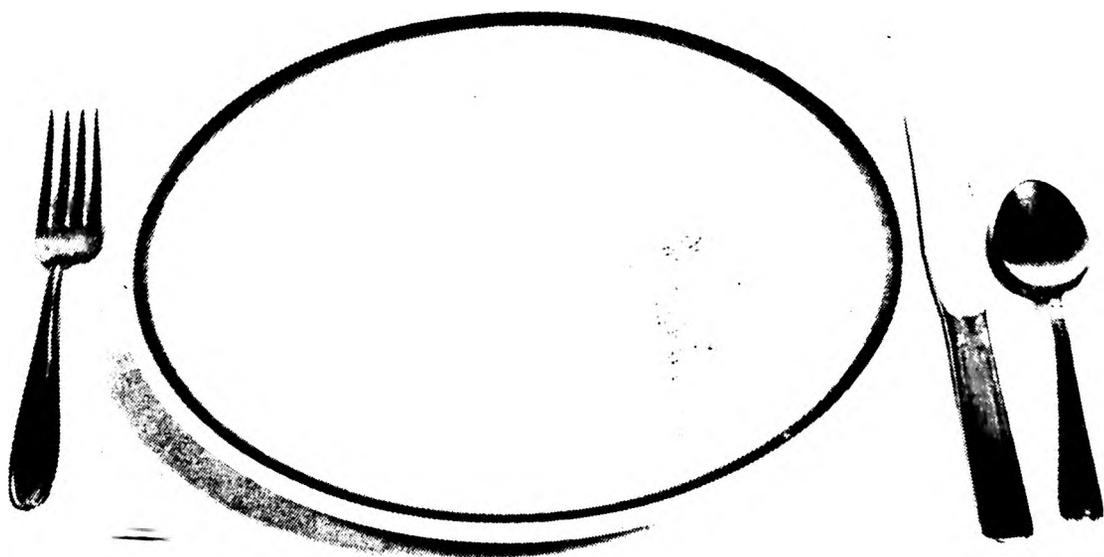
Por supuesto, la asociación ministerial local será parte de mi interés. La afiliación en ella me dará la oportunidad de tomar parte en cultos conducidos por otros grupos y de relacionarlos quizá, de manera amistosa, con las verdades que estimo preciosas. Pero mi objetivo básico será: "¿En qué puedo contribuir a la asociación ministerial?" Esto, me parece, me hará la clase de miembro que encontrará un amistoso lugar en las actividades de la asociación.

Esto es parte del programa en el cual me embarcaría en mi nuevo distrito. Parece mucho trabajo, y lo es. Pero esperaría tener también muchos colaboradores. Oh, yo sé cuán difícil es hacer que la gente haga algo. Pero en este programa estaría tomando en cuenta dos factores: 1) el césped siempre es más verde del otro lado de la cerca, es decir, en la comunidad; 2) la ayuda que estaría solicitando sería, en la mayoría de los casos, algo diferente que pedir a cierta persona que sea director de Escuela Sabática o de Acción Misionera.

Y cuando esté haciendo mi tarea por mi primera y segunda congregación, mantendría siempre delante de mí las palabras de Elena G. de White: "Acercaos a los que os rodean por medio de la obra personal. Trabad relaciones con ellos. La predicación no podrá hacer la obra que debe ser hecha. Los ángeles de Dios os acompañarán a las casas que visitéis. Es una obra que no puede ser hecha por procuración. Los sermones no la terminarán ni el dinero dado o prestado. Es visitando a las personas, hablándoles, orando con simpatía con ellas, como sus corazones serán ganados" (*Testimonios selectos*, t. 5, pág. 156).

Esto es lo que haría si yo fuera pastor. ■

Una cita importante



**¿Cuán importante es la hora de la comida en su hogar?
Tal vez sea necesario repasar algunas de sus prioridades y
hacer los arreglos apropiados en su programa.**

Irma B. de Vyhmeister

– **POR FAVOR**, ven a tiempo esta tarde, querido. Tengo que ir a una reunión y quisiera que quedaras con Viviana.

La esposa miró a su esposo ansiosamente.

– No te preocupes – le dijo, acariciándole la mejilla –, estaré en casa a las seis y con Viviana pasaremos momentos maravillosos.

– Gracias, querido.

Mientras él se alejaba, ella lo siguió con la mirada hasta que su automóvil desapareció. Había oído tantas veces la promesa de su esposo, pero siempre algún imprevisto lo demoraba. Las cenas eran tardías. Parecía un problema sin solución. Quizás esta tarde ella podría confiar en que nada perturbaría sus planes.

A las cinco de la tarde sonó el teléfono.

– Querida, voy a retrasarme un poco. Un

compromiso surgió a última hora. Por favor, ten paciencia.

– Pero. . . – dijo ella, luchando por esconder su desengaño – Viviana nunca está contigo.

– Lo siento, querida, pero esta es una cita muy importante. Te prometo que mañana pasaremos una velada juntos.

Contrariada, colgó el teléfono y se dirigió a la cocina donde había comenzado a preparar la cena. Llamó a la señora Rojas para ver si Viviana podría quedar con ella. Antes de irse dejó en la puerta una nota que decía: “Viviana está con la señora Rojas. La cena está sobre la mesa y en el refrigerador. Yo me voy a la reunión. Que lo pases bien solo”.

Evaluemos por un momento este incidente. Hay varios puntos de interés que son parte del conflicto en este hogar.

1. En un hogar deben establecerse prioridades que los esposos designan de común acuerdo. Estas prioridades comprenden varias áreas que definen los límites del hogar y son parte de la paz hogareña. Por ejemplo, es importante definir y cumplir en la forma más conveniente el número de comidas al día y las horas en que estas comidas se ingieren. Los esposos deben ponerse de acuerdo en el régimen alimentario que seguirán en su hogar. Muchos prefieren comer sólo dos veces al día, otros prefieren tres. Sean dos o tres comidas al día, cada comida debe primar sobre las demás actividades y no se deben hacer compromisos durante estas horas a menos que los esposos se pongan de acuerdo.

¿Por qué es esto importante? En Ezequiel 4: 10, Dios explicó al profeta la alimentación que él debería tener durante un período de más de un año. Le indicó: "De tiempo en tiempo la comerás. . ." En Eclesiastés 10: 17 Salomón agrega: "¡Bienaventurada tú, tierra, cuando. . . tus príncipes comen a su hora. . .!" En Salmos 145: 15 dice: "Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo".

Al referirse a este problema, Elena G. de White nos dice: "La regularidad en las comidas es de vital importancia. Debe haber una hora señalada para cada comida, y entonces cada cual debe comer lo que su organismo requiere. . ." (*Consejos sobre el régimen alimenticio*, pág. 213).

"Hay que observar cuidadosamente la regularidad en las comidas. . . La irregularidad en las comidas destruye el tono sano de los órganos de la digestión, en perjuicio de la salud y del buen humor" (*loc. cit.*).

"En ningún caso deben las comidas ser irregulares. Si el almuerzo se ingiere una o dos horas antes que de costumbre, el estómago no está preparado para la nueva carga. . . Tampoco deben demorarse las comidas por una o dos horas, a fin de acomodarse a las circunstancias, o para que pueda realizarse una cantidad de trabajo. El estómago exige el alimento a la hora de costumbre. . ." (*ibid.*, pág. 212).

¿Hay alguna razón científica para "comer a su tiempo"?

En una investigación se midió el tiempo que tarda el estómago en vaciarse después de ingerir una comida, por medio de rayos X y el agregado de bario a la comida. Se hizo la

prueba con un desayuno que consistía en cereal, fruta, pan, leche y un huevo. El estómago estaba vacío después de cuatro a cuatro horas y media. Nada se comía entre estas horas. Luego se decidió ver qué ocurría si después del desayuno, a cada hora y media a dos horas se ingería un pedazo de pan con mantequilla o un helado. Con el helado, el estómago demoró seis horas, y con el pan con mantequilla, después de nueve horas todavía quedaba residuo en el estómago. El estómago necesita la comida a su tiempo para seguir su trabajo eficientemente.

Otra prioridad es tener una noche designada sólo para la familia, sin planear ninguna otra actividad. Este lapso de dedicación a los hijos es una excelente oportunidad para fortalecer los lazos familiares y hacer que los hijos se sientan seguros y contentos en sus hogares.

2. No demos lugar a frustraciones y "agendas ocultas" por la falta de disciplina en nuestros hogares. Levantarse temprano para el desayuno, al igual que dejar una comisión cuando hay importantes decisiones que tomar, por ir a comer, parece pérdida de tiempo. Pero somos seres humanos con exigencias energéticas y reparadoras. El alimento nos ayuda a trabajar y a enfrentar nuestras responsabilidades. Aun las decisiones hechas en comisiones pueden ser más justas después de una buena comida.

Si no tenemos orden en nuestros hábitos, o si no nos conformamos a lo que, de común acuerdo, hemos decidido en el hogar, esto dará lugar a frustraciones entre los esposos y a "agendas ocultas" que son decisiones que toma un cónyuge cuando se siente contrariado. La falta de una tarde para la familia solamente puede crear "agendas ocultas" como el caso de la esposa de nuestro ejemplo. Al preparar una cena deleitosa para el esposo, recibe el mensaje de que él no podrá venir por razones más importantes que la compañía de las personas de su hogar.

La tendencia moderna de comer a cualquier hora que sea conveniente sin atenerse a un horario, no es precisamente el mejor sistema para mantener la salud. Esto no quiere decir que el horario debe ser tan exacto que no se pueda retrasar un minuto. Pero debe haber coherencia en las horas de comer.

3. La hora de la comida debe esperarse con alegría como una actividad grata.

Conocí a una familia numerosa que todas las tardes se reunía para la cena. La mesa grande siempre tenía un mantel limpio y flores. La mejor vajilla y servicio era de rigor aunque la comida era generalmente sencilla pero servida con fineza. Lo que más llamaba la atención era la alegría de vivir de todos los comensales. Había conversación animada, risas y participación de todos en los eventos del día, en las experiencias personales y en el deseo de compartir sentimientos y pensamientos. Era el momento que todos anhelaban que llegara para relajar tensiones, olvidarse del trabajo y las dificultades, y sumergirse en el seno de la familia donde se sentían felices y seguros.

Es éste el modelo que debemos dejar a nuestros hijos para su desarrollo emocional, físico, intelectual y espiritual. Esto ayudará a estimular la estimación propia para triunfar en la vida. En Eclesiastés 9: 7 el sabio Salomón nos exhorta: "Anda, y come tu pan con gozo".

El acto de comer es complejo, pues no es sólo una actividad física sino que involucra el ser entero. Usamos los cinco sentidos. Además, comemos con nuestros sentimientos. Nos basamos en experiencias anteriores para el gusto, disgusto, o la satisfacción que el alimento nos da. El medio social que nos rodea es poderoso en formar nuestros hábitos en el comer, y el estado de ánimo determinará cómo nuestro organismo responde a las diferentes emociones. Comer con gozo es invitar a nuestro organismo a desenvolverse en forma óptima.

En el siglo pasado un médico canadiense tuvo la oportunidad única de observar lo que pasa en el estómago de una persona. Un cazador de pieles fue herido en el estómago por una bala. La herida sanó pero quedó una abertura por la cual el médico podía mirar dentro del estómago. Basado en sus observaciones, el médico escribió un libro de fisiología de la digestión. Observó que cuando el paciente estaba calmado y contento, el estómago estaba rosado y con muchos pliegues. Cuando el paciente se enojaba, el estómago se ponía rojo vívido y se veía inflado sin mostrar ningún pliegue. Cuando el paciente estaba resentido, tenía exceso de secreción de jugo gástrico, el que generalmente se correlaciona con la formación de úlceras y otros problemas gástricos. Si el paciente estaba deprimido, la secreción gástrica cesaba y no podía digerir la comida. Cuando el paciente

tenía miedo, la mucosa del estómago estaba lívida y parecía que los vasos sanguíneos habían desaparecido. Las observaciones del médico canadiense fueron corroboradas en este siglo con instrumentos más perfeccionados.

"Al sentarse a la mesa, deséchense los cuidados, las preocupaciones y todo apuro, para comer despacio y alegremente, con el corazón lleno de agradecimiento a Dios por todos sus beneficios" (*El ministerio de curación*, pág. 235).

4. Los hábitos en el comer se forman en el hogar. La influencia de la madre y el padre es poderosa en la formación de los hábitos del niño. Si Juancito ve a su padre desechar la cebolla o la zanahoria, él hará lo mismo. Si lo ve faltar a las comidas o llegar insistentemente tarde, tomará ese comportamiento como modelo.

Cuando el padre está presente para las comidas, tendrá la oportunidad de dialogar con sus hijos y su esposa para conocerlos más íntimamente y proveer el medio ambiente para el crecimiento de la familia en todas sus dimensiones. Alrededor de la mesa, al consumir los alimentos que proveen la energía que gastamos en el vivir, al intercambiar ideas y al fomentar un espíritu alegre y de camaradería, los lazos de amor y de confianza se fortalecerán y los hijos no sufrirán la separación de la "brecha generacional".

José, en tiempos bíblicos, al acompañar a su padre en sus actividades o al sentarse alrededor de la mesa familiar, aprendió no sólo hábitos sanos en el comer sino también el sentido de honestidad, de integridad y de lealtad que fueron la salvaguardia de su vida futura. En Proverbios 22:6 dice: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él".

En todo hogar la hora de la comida es "una cita importante". No la olvidemos. Con una alimentación sana, sencilla, nutritiva, deliciosa y atrayente, con un espíritu de regocijo, de gratitud y de tolerancia hacia los demás, podemos crecer de día en día, comprendiendo el amor de Dios al darnos esta vida tan maravillosa y sus bendiciones, y al enseñarnos cómo mantener saludable nuestro organismo.

Con el salmista podemos decir: "Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia". Salmos 136: 1. ■

Libremos la batalla correcta

Un buen general jamás peleará una batalla innecesaria en el momento equivocado y en el lugar inadecuado. Nosotros tenemos un problema relacionado con la forma en que comunicamos nuestro mensaje. Es un problema de semántica.

C. Raymond Holmes

EN EL OTOÑO de 1970 llegué al *campus* de la Universidad Andrews como ministro luterano con diez años de experiencia pastoral. Llegué con un espíritu crítico agudamente desarrollado por crisis personales y malestares profesionales. Llegué para descubrir las herejías del adventismo, particularmente la herejía del legalismo que, según me habían informado, prevalecía entre los adventistas. Leí ampliamente, y con extrema precaución, diligencia y escepticismo. La pregunta más acuciante e inmediata que enfrenté fue: "¿Existe en la Iglesia Adventista del Séptimo Día el Evangelio, las Buenas Nuevas de salvación en Cristo, expresada en la fórmula teológica de la justificación por gracia por medio de la fe? Si existe, ¿ha dado como resultado ese mensaje la experiencia del nuevo nacimiento y un testimonio viviente en favor de Cristo en la vida de los creyentes adventistas?" Descubrí que la respuesta era un sí claro y resonante para ambas preguntas.

La verdad bíblica de la salvación por gracia por medio de la fe en Cristo era central en la enseñanza del aula y en el contenido de los cursos del seminario teológico. Era evidente en las vidas personales de los profesores, muchos de los cuales eran excelentes ejemplos de cristianismo. Lo escuché vez tras vez desde el púlpito de la capilla del seminario. Se manifestaba en las vidas de los alumnos y en sus conversaciones. Descubrí que era el tema central de los escritos de Elena G. de White. Recorría las páginas del himnario tan querido y ampliamente utilizado por los adventistas del mundo entero. Por el hecho de que Cristo vivía en la Iglesia Adventista, y porque su Evangelio era el mensaje fundamental predicado y creído por los adventistas, me fue posible considerar

seriamente las doctrinas del sábado, el ministerio celestial de Cristo, y su segundo advenimiento. También fue posible mi eventual decisión de llegar a ser un creyente y ministro adventista.

Eso sucedió en 1971. Ahora, más de diez años después, escucho rumores extraños. Escucho que el Evangelio ha sido descubierto tan sólo recientemente en la iglesia, que recién ahora se lo enseña y proclama, y que recién ahora comienza una reforma entre nosotros como resultado de ese "descubrimiento" y proclamación. Me pregunto: "¿Qué fue lo que encontré en el adventismo más de diez años atrás si el Evangelio no fue conocido por los adventistas antes de 1981?"

La iglesia cristiana siempre ha tenido problemas para encontrar y mantener el equilibrio adecuado y la relación entre la Ley de Dios y el Evangelio, la gracia y las obras, la justificación y la santificación. Hay legalistas en toda denominación cristiana, y la iglesia adventista tiene su cuota. Hubo legalistas en las congregaciones que atendí como ministro luterano, a pesar de que la doctrina de la justificación por gracia por medio de la fe ha sido el énfasis mayor del luteranismo. Ello indica que el énfasis en la justificación no elimina el legalismo de la vida de la iglesia. La ausencia de énfasis en la santificación también produce legalistas, para quienes la fe ha llegado a ser obra de mérito. El correcto equilibrio, entre la justificación y la santificación, la fe y las obras, el Evangelio y la ley, es lo que produce creyentes llenos del Espíritu cuyas vidas revelan los frutos del Espíritu.

El punto clave de la teología adventista es Apocalipsis 14: 12, donde el pueblo de Dios es identificado como los que mantienen una

Prediquemos la verdad acerca de la verdad. El correcto equilibrio entre la justificación y la santificación, la fe y las obras, es lo que produce creyentes llenos del Espíritu.

equilibrada comprensión entre la fe en Cristo y la obediencia a la Ley de Dios. El mantenimiento de ese equilibrio requiere vigilancia, cuidadosa atención, y paciencia. Mantener ese equilibrio es parte del ejercicio de la santidad del pueblo de Dios. Ese equilibrio no sólo es esencial para la espiritualidad del creyente y la autenticidad de la experiencia cristiana, es también vitalmente importante para el éxito final de la misión cristiana y por sobre todo para el éxito de la misión de la Iglesia Adventista.

Siempre existen personas, en toda denominación cristiana, que malinterpretan o tergiversan el Evangelio. Muchos insisten en transformar al Evangelio en Ley y a la Ley en Evangelio, a la gracia en obras y a las obras en gracia. Pero eso sucede así no porque el Evangelio no sea enseñado. Es por causa de que al hombre caído, aun al hombre religioso, le resulta difícil aceptar la salvación proveniente únicamente de Dios. Por lo tanto, el problema no es nuestro mensaje, nuestra teología, sino de quienes escuchan. ¿Cómo escuchas? ¿Cómo lees? Si alguien está determinado a no creer, o a cambiar al Evangelio en Ley, no hay cúmulo de evidencias ni argumento que los convenza de lo contrario. Si alguien lee los escritos de Elena G. de White y no puede encontrar el Evangelio no es porque el Evangelio no se encuentre allí. Como ella misma escribió: "Los que realmente desean conocer la verdad encontrarán suficiente evidencia para creer" (*Testimonies*, t. 5, pág. 672). También evidencia para su falta de fe.

Un buen general jamás peleará una batalla innecesaria en el momento equivocado y en el lugar inadecuado. Esa sería la fórmula de la derrota. Pero es lo que estamos haciendo en nuestra denominación. Estamos peleando una batalla innecesaria. Nuestro problema no es tanto teológico como metodológico. Sí, tenemos

un problema. Pero no con la base teológica de nuestro mensaje. Nuestro problema está relacionado con la forma en la cual se comunica a menudo nuestro mensaje. Es un problema de semántica, de utilización de palabras, y de percepción personal del mensaje de ese maestro, profesor o pastor. Para ilustrarlo, permítanme narrarles el sermón que escuché un sábado por la mañana.

El predicador anunció que su tema sería "Crecer en la gracia". El texto bíblico fue 2 Pedro 3: 18: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". "Voy a hablar acerca del crecimiento en la gracia -comenzó- porque creemos en la justificación por la fe y no por las obras".

Pensé que sería maravilloso y me mantuve expectante. Pero mis expectativas se hicieron trizas por causa de un énfasis fuera de lugar. El predicador continuó diciendo cuatro cosas que *debemos hacer* para crecer en gracia, como si la gracia fuera el fin en vez del medio en el que ocurre el crecimiento. Debemos leer la Biblia diariamente, orar regularmente, adorar fielmente, y testificar fervientemente.

Esos cuatro ejercicios espirituales son importantes en la vida del creyente, sin lugar a dudas. De hecho, no es posible mantener la fe del creyente sin ellos. La necesidad y el deseo de ejercitarlos son también dones de la gracia divina. Pero la forma en la que fueron usados por el predicador transformó eficazmente a la gracia en obras, y el Evangelio en Ley. No había relación alguna entre lo que el predicador había dicho al comienzo y su método de comunicar lo que creía. No dijo lo que había dicho que diría. Como resultado de este tipo de comunicación, sólo habrá distorsiones y malentendidos.

La frase bíblica: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor", nos da la clave de la dirección que debería haber tomado el sermón para ser honesto con el texto y una expresión veraz de la creencia manifestada por el predicador. También sugiere la analogía perfecta para lo que el texto realmente dice. El predicador debería haber hablado primero acerca de la necesidad de crecimiento espiritual con ilustraciones de la vida y la naturaleza. Entonces debería haber dedicado la mayor parte del sermón a considerar que si ha de existir crecimiento espiritual debe ocurrir en el "suelo" de la gracia de Dios. El crecimiento sólo es posible en gracia. El crecimiento ocurre en gracia. Eso es lo que dice el texto. Y eso es todo lo que dice el texto. La gracia es el terreno

en el que la vida cristiana germina y crece para fructificar y producir. La gracia no es la meta a la que llegamos luego de ciertos ejercicios, sino el medio necesario para el crecimiento espiritual. Cuando estamos en esa clase de medio, el crecimiento es un proceso natural y no algo forzado. El énfasis del sermón debería haber sido en lo que Dios ha hecho, y está haciendo, para que ese crecimiento sea posible, y no lo que el creyente debe hacer para crecer. Un énfasis tal hubiera proporcionado buenas nuevas. Pero en vez del pan de vida, los creyentes recibieron una piedra.

Sin embargo, aunque el predicador no interpretó, ni comprendió, ni aplicó el texto correctamente, no culpé a toda la iglesia y su historia teológica. No cuestioné la confiabilidad de Elena G. de White o la autenticidad de su don espiritual. No comencé a pensar que los pioneros estaban equivocados. No me sentí tentado a pensarlo porque mi estudio previo y mis investigaciones me habían convencido de que nuestro mensaje es confiable y teológicamente sano. Lo que sí creí fue que la percepción del predicador y su método homilético eran incorrectos.

Hasta la fórmula teológica de "justificación por la fe" es comprendida y comunicada de diferentes maneras. Cuando se le pide que interprete y desarrolle el significado de la fórmula, una persona puede decir: "Acepto por fe la justicia de Cristo que me es imputada". Y otra persona puede decir: "Creo que si actuó correctamente seré considerado justo". La diferencia no tiene su base en la verdad de la justificación por la fe, sino en la manera en la que se la comprende, expresa y comunica. Por el hecho de que una persona la explique de la segunda manera mencionada no debemos dudar de la verdad o de la exactitud de la "justificación por la fe".

El problema no es que no hayamos tenido la verdad. Sino que no siempre dijimos la verdad acerca de la verdad. Una cosa es conocer la verdad, tener la verdad, y otra cosa es decir la verdad acerca de la verdad. La proclamación pública del Evangelio es un asunto serio en el que cada persona está potencialmente dotada para producir graves daños o grandes bendiciones. Porque lo que sucede no depende sólo de lo que dice el predicador, sino también de lo que sucede en el interior del que escucha. Nuestras palabras influyen sobre las personas. Si el predicador no dice lo que tiene la intención de decir, su método homilético necesita un escrutinio cuidadoso y una adaptación.

El problema es que no siempre dijimos la verdad acerca de la verdad. Si el predicador no dice lo que tiene la intención de decir, su método homilético necesita revisión.

En el proceso de preparación deben formularse dos preguntas muy importantes: ¿Qué quiero que conozcan mis oyentes? ¿Qué quiero que suceda con ellos mientras escuchan? Se puede tener éxito con la primera y fracasar miserablemente con la última. Es decir, se puede presentar la información correcta pero obtener una respuesta indeseada por presentar la información debida en la forma indebida, una respuesta que conduzca al oyente a cuestionar la validez de la información que se le ha entregado, o llegar a una conclusión errónea.

Como predicadores y maestros, no solo debemos examinar lo que decimos sino cómo lo decimos, la elección del lenguaje, la estructura de las frases, los matices de significación implicados por la voz, los gestos y la expresión. Otro incidente nos servirá de ilustración.

Hace algunos años fui invitado a pasar a la plataforma para elevar la última oración del culto y pude observar a la congregación desde un excelente lugar. El predicador invitado era un hombre de gran estatura en la fe. Su tema fue de mucha importancia para el creyente adventista. Habló de la necesidad de ser llenados por el Espíritu Santo para completar la obra que el Señor ha asignado a la Iglesia Adventista. La información que presentó era sólida y veraz teológicamente. El problema no fue el material sino cómo lo presentó. En vez de que el sermón diera esperanza y seguridad y apelara a la fe, produjo depresión, incertidumbre y desesperanza. El tema de su sermón podría haberse reducido a la proposición: Por causa de que la iglesia no está llena del Espíritu Santo, la obra nunca será terminada. No había ninguna fuerza en favor del bien en ese sermón. No había buenas nuevas. Contemplé a una dama en el segundo banco literalmente aplastada en su asiento por la pesada carga impuesta por el predicador; su rostro denotaba desesperación y derrota. El

predicador finalizó con gran fervor, creyendo en lo que hacía y decía, pero sin tener idea de las consecuencias que sus palabras tenían. En vez de esperanza y victoria había entregado a la congregación desesperación y derrota. Se encontraban peor al terminar que antes del comienzo. Y lo había logrado con palabras, con la verdad. Pero había fracasado al no decir la verdad acerca de la verdad.

La sugerencia tan común de que la validez teológica de nuestro mensaje debe ser puesta en duda porque tenemos algunos legalistas entre nosotros, es como pelear una batalla equivocada. La lucha no es acerca de la validez teológica, sino con respecto de la comprensión y la comunicación. La justificación por gracia por medio de la fe han sido mi "pan" espiritual por más de treinta años, como luterano y como adventista. Es el mensaje fundamental del cristianismo protestante. Y, establecido en el contexto de una perspectiva escatológica de la historia y la teología, es el mensaje fundamental de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Jamás me hubiera unido con esta iglesia si no fuera así.

El Evangelio debe ser siempre algo nuevo. Es maravilloso cuando el converso lo descubre personalmente, cuando el joven ministro y el joven teólogo también lo descubren. El reavivamiento espiritual periódico debería llegar a todos nosotros. Pero juntamente con el renacimiento debería venir el aprecio por la historia y las tradiciones que formaron el contexto en el cual el Evangelio se mantuvo vivo y fue transmitido de una generación a la siguiente. La emoción que genera el Evangelio debe ser acompañada por la estabilidad de una perspectiva histórica apreciativa.

Cuando las Buenas Nuevas llegan a ser experienciales y vitales son motivo de regocijo. Son motivo de tristeza cuando la iglesia padece bajas en las filas de laicos y ministros en una batalla que jamás debería librarse.

En vez de discutir sobre la justificación por la fe, prediquémosla y enseñémosla. Digamos la verdad acerca de la verdad. Pero al hacerlo no sólo seamos fieles a la verdad, sino también a nuestra historia denominacional que también es un don de la gracia de Dios. Debemos pelear por la verdad y lo correcto. Pero libremos la batalla verdadera. ¡Juntos! ■

C. Raymond Holmes es doctor en Teología y fue durante tres años coordinador del Departamento de Iglesia y Ministerio del Seminario Teológico Adventista del Lejano Oriente, Filipinas.

¿QUE TENIA que decir Jesús con respecto de la santificación? Si investigamos acerca del uso específico del término, la única referencia existente se encuentra en Juan 17: 19, donde dice que quiere que sus seguidores sean santificados como El fue santificado.

Pero cuando se trata el tema de la santificación, en el sentido moderno del término, refiriéndose al crecimiento cristiano, a la obediencia, a la victoria y al poder –en síntesis a la obra que el Espíritu Santo realiza en nosotros al vivir la vida cristiana–, descubrimos que Jesús tuvo mucho más que decir al respecto de la obra que Dios ha realizado por nosotros. Hay quienes dicen que el equilibrio en el énfasis entre justificación y santificación se manifestaría invirtiendo el noventa por ciento de nuestro tiempo para hablar de la obra de Cristo *por* nosotros en la cruz, y un diez por ciento de la obra que está haciendo *en* nuestra vida. Pero Jesús habló, al menos un par de veces, tanto de la obra de Dios *en* nosotros, como de la obra de Dios *por* nosotros.

En la santificación, esté concluida o en proceso, el *método* es siempre sólo por fe, así como lo es en la justificación. Aunque podamos pensar en la justificación y la santificación separadas, en relación con la aceptación y la seguridad debemos pensar en ellas unidas, teniendo en cuenta el método de realización en nuestra experiencia. Cuando utilizamos la expresión santificación solamente *por* fe, no pretendemos negar que tanto la fe como las obras *existan* en la santificación. Estamos haciendo uso del significado del término "por" en nuestro lenguaje. Se refiere al método ("por" entre otras cosas indica: "el medio o modo de ejecutar una cosa"). Ejemplo: "Lograr hacerme entender *por* señas"). El método de la santificación es solamente por fe.

Jesús lo dijo en Juan 15: 5: "Separados de mí nada podéis hacer". Se refiere a la producción de frutos de obediencia, los frutos del Espíritu en la vida cristiana. Es claro que si no podemos hacer *nada* sin El, entonces todo lo que hagamos ha de ser hecho por fe en El. En Lucas 16: 13 Jesús dijo que no podemos aceptar un don y también ganarlo. He aquí uno de los asuntos vitales que confrontamos hoy: ¿Es que podemos hacer algo por ganar la gracia de Dios, ya sea para expiar pecados pasados, o para recibir poder para vencer los que tenemos hoy? La respuesta es no. La santificación es un don de Dios como lo es la justificación.

Entonces, ¿cómo podemos recibir este don? Los judíos vinieron a Jesús un día y le hicieron



“Jesús y los Apóstoles”. Nicolás Martínez Ortiz

Lo que Jesús dijo de la santificación

Morris L. Venden

una pregunta semejante. “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” Jesús respondió: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6: 28, 29). La única obra involucrada en creer o confiar es la que también está involucrada en comunicar; porque sólo se puede confiar en alguien a quien conocemos. Como Jesús dijo en la parábola del redil: “Y cuando ha sacado fuera todas las [ovejas] propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. . . Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Juan 10: 4, 5, 14).

¿Cuáles son los métodos de comunicación que enseñó Jesús? “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mar. 14: 38). “El que me come, él también vivirá por mí. . . Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6: 57, 63). “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1: 29). Somos transformados mediante la con-

templación. Es una ley de la vida, aun en el mundo secular, que lo que atrapa nuestra atención también nos atrapa. Hay una doble aplicación en este texto. Al contemplar al Cordero de Dios se nos asegura que se ha de encargar de nuestros pecados pasados, como también que tiene poder para vencer nuestra pecaminosidad actual. Jesús dijo: “Pero sólo una cosa es necesaria” (Luc. 10: 42). Y esa única cosa es dedicar tiempo a estar a los pies de Jesús en comunicación y compañerismo con El. Por lo tanto la metodología que Jesús enseñó respecto de la santificación fue estudiar su Palabra, y estar en comunión con El.

Sin embargo, cuando hablamos de establecer una relación personal con Jesús, por medio del tiempo que pasamos estudiando su Palabra, nos estamos refiriendo a algo más que a un simple asentimiento intelectual a la verdad. Jesús dijo: “Ustedes estudian las Escrituras con mucho cuidado, porque esperan encontrar en ellas la vida eterna; sin embargo, aunque son las Escrituras las que hablan de mí, ustedes no

quieren venir a mí para tener esa vida" (Juan 5: 39, 40, *Dios habla hoy*). El propósito de estudiar la palabra de Dios no es simplemente obtener información, es lograr una comunicación, una comunión, y una relación con Jesús.

La obediencia y la victoria genuinas, en la vida cristiana, son algo natural y espontáneo; la obediencia es el fruto de la fe. Una persona no trabaja para hacer frutos —los frutos son el resultado. Jesús comparó la obediencia con el fruto en distintas ocasiones. "Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (Juan 15: 4). "Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos" (Mat. 7: 17, 18). Llevar buen fruto es natural y espontáneo de un buen árbol (véase Isa. 61: 3).

Jesús dijo: "Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio" (Mat. 23: 26). ¿Cuántos de nosotros hemos gastado nuestro tiempo y energía intentando limpiar la parte exterior del vaso, en vez de atender la verdadera causa del problema, el corazón? Si ponemos nuestra atención en la causa, y limpiamos el interior, lo exterior será limpio. Jesús dijo: "Si me amáis, *guardad* mis mandamientos" (Juan 14: 15, la cursiva es nuestra). Estas evidencias que brotan de Jesús nos dicen que la genuina obediencia es natural y espontánea en la vida cristiana. Si es que estamos teniendo problemas con la obediencia, debemos concentrar nuestros esfuerzos en aprender a amar más a Jesús, y la obediencia será el resultado natural. Cooperaremos con El al ponernos en relación con El, de tal forma que el amor y la confianza broten espontáneamente. Y cuando así suceda, la obediencia será el resultado inevitable.

La esencia de la enseñanza de Jesús fue la entrega del yo. Sólo cuando nos rendimos, y venimos a El, es que podemos comenzar la vida de fe. Jesús dijo: "Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará" (Mat. 21: 44). Y en Mateo 13: 45, 46 nos advierte que debemos vender todas las cosas con el propósito de obtener la perla de gran precio. La perla incluye la salvación en todos sus aspectos. Jesús dijo: "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Luc. 14: 33).

En los evangelios Jesús se refiere a la cruz como "nuestra cruz". El está hablando de nuestra muerte así como la Suya. *Nosotros* que de-

bemos morir, debemos rendirnos, antes de que podamos comenzar la genuina experiencia de la santificación. Sin embargo, *por nosotros mismos* no podemos producir esta rendición: es sólo Dios quien puede conducirnos hasta este punto, pues nadie puede crucificarse a sí mismo. Se necesita a otro para crucificarnos. A medida que lo buscamos, lo contemplamos, nos sentamos a sus pies en relación y en comunión, hará lo que falta hacer por nosotros tan rápidamente como pueda sin destruir nuestra capacidad de elección.

El objeto de la vida cristiana es más que simplemente asegurarnos en forma personal que tenemos la salvación. Hemos de reproducir el carácter de Jesús en nosotros de tal forma que el honor y la gloria sean tributados a Dios. Jesús lo dijo en Mateo 5: 16: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Lo dijo en Juan 15: 8: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos". Y lo dijo en Juan 17: 10: "He sido glorificado en ellos". Nuestras obras, nuestra obediencia, nuestras victorias, ño tienen el propósito de salvarnos, sino de dar gloria a Dios. Si estamos interesados solamente en llegar al cielo, y no tanto en dar gloria a Dios, entonces debemos preguntarnos seriamente si podemos esperar la salvación en el cielo. Hay un asunto de mayor trascendencia que la certeza de nuestra propia salvación, y ese asunto es tributar gloria y honor a Dios delante del universo.

La santificación es asunto de ponerse bajo el control de Dios. A menudo Jesús se refirió a nuestra relación con Dios en términos de una relación "señor-siervo". Dijo: "Ninguno puede servir a dos señores" (Mat. 6: 24). El siervo está bajo el *control* de su señor. Sin embargo, Jesús nos recordó que al ponernos bajo su control obtendremos libertad. "Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8: 36). Cuando somos controlados por Dios, obra en nosotros tanto el querer como el hacer por su divina voluntad. (Véase Fil. 2: 13.)

Y cuando llegamos al punto de la entrega, de la crucifixión del yo, de nuestra rendición, y nos ponemos bajo el control de Dios, podemos conocer el poder de Dios para vencer. No hemos de esperar hasta el fin de nuestras vidas con la esperanza de conseguir un buen día la victoria. En la medida en que nos rindamos a Cristo obtendremos victoria y obediencia espontáneas. Las palabras claves son *en la medida*. Los mismos discípulos lo ilustran. Un día

ellos echaron fuera demonios. Otro día vinieron a Jesús, fracasados, preguntando: "¿Por qué nosotros no pudimos echarlos fuera?" Una vez sí, otra vez no. ¿Significa esto que estaban perdidos? ¿Significa esto que ya no eran más discípulos? ¡No! Jesús los amó y los mantuvo caminando a su lado.



Vemos esta misma idea en Mateo 16. Pedro dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Jesús le respondió que el Padre mismo le había revelado todo a Pedro. Sin embargo, durante la misma conversación, Jesús le dijo a Pedro: "¡Quitate de delante de mí, Satanás!" (Mat. 16: 16, 23). Pedro recibe la felicitación de Jesús en un momento y poco después recibe una reprobación. Es que en un momento Pedro estaba entregado y confiado en el poder de Dios, pero un momento después se volvió atrás e intentó manejar las cosas por sí mismo.

En Juan 11 se encuentra la historia de Marta. Por un momento ella manifiesta una hermosa confianza en Jesús, cree que lo puede hacer todo, aun resucitar los muertos, claro, si es que es su voluntad. Pero momentos después encontramos que se resiste a obedecer la orden de quitar la piedra, y es así que su fe flaquea y ella se muestra dependiente de su propio juicio. En una vida cristiana en crecimiento, hay momentos en los que miramos a Jesús y podemos experimentar victoria y poder. Hay otros momentos en los cuales dependemos de nosotros mismos y de nuestro propio poder, y fracasamos.

El crecimiento en la vida cristiana consiste en depender del poder de Jesús en cada instante de nuestra vida.

Al igual que un niño que está creciendo, el cristiano inmaduro no vive en una constante dependencia del poder de Jesús por lo que a menudo caemos y fracasamos. Pero Dios ha hecho provisión para esto (véase 1 Juan 2: 1, 2). Sin embargo como cristianos genuinos, debemos recordar que aunque Dios ha hecho provisión para el pecado, jamás debemos hacer tal provisión. Aquel a quien se le perdona mucho, ama mucho, y aquel que ama mucho, obedece mucho. (Véase Luc. 7: 41-43; Juan 14: 15.)

Quienes creen en la santificación por la fe *más las obras* sólo pueden creer en una obediencia imperfecta hasta que Jesús venga. Pero aquellos que creen en la santificación por la fe *sola*, pueden creer que la perfecta obediencia es posible en cualquier momento por depender solamente de Jesús y no de nuestro propio poder.

La santificación se produce por la justificación. Jesús enseñó que aquel a quien más se le perdona es el que más ama (véase Luc. 7: 41-43). ¿Qué significa esto? ¿Cuál es el propósito de estudiar la Biblia, de orar, y de mantener una relación diaria con Jesús? Comprender el gran amor de Dios, su gracia, su perdón, y su muerte en la cruz. El tiempo que pasamos en la contemplación de la vida y muerte de Jesús y la meditación en ella nos conduce a conocerle y amarle más. Y cuando comprendemos cómo nos acepta, cómo nos perdona, y cuán grande es su amor, llegamos a confiar más en Él, a amarlo más, y a obedecerle más. Y a medida que le amamos más, más le obedecemos. Jesús enseñó esto cuando le trajeron la mujer adúltera y la depositaron a sus pies. Jesús le dijo: "Ni yo te condeno" (véase Juan 8: 11). Allí está la cruz, eso es justificación. Nadie necesita sentirse condenado hoy. Jesús no condena; justifica y perdona a todo el que viene a Él. Jesús no ha venido para condenar al mundo, sino para que el mundo pueda ser salvo por su medio. Solamente cuando podemos comprender esta gran verdad somos capacitados para ir y no pecar más.

La única forma en la que podemos esperar andar sin pecar más es descubrir, y también recordarlo día a día, que Dios no nos condena. La buena nueva del Evangelio es que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. La buena nueva es también que Cristo ha hecho provisión para mantenernos sin pecar, para que así pueda ser glorificado en nosotros. ■

La teosofía y la Biblia

Gastón Clouzet

EN VARIOS países latinoamericanos está cundiendo, entre las capas medias y altas de la sociedad, una doctrina filosófica religiosa, no muy conocida por los adventistas en general, pero que conviene conocer tanto como sea posible para ayudar pastoralmente a las personas que la están aceptando, o que podrían ser pasibles de aceptarla. Nos referimos a la teosofía.

En este artículo vamos a hacer un resumen de su historia y sus doctrinas, y al tratar estas últimas las compararemos con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras para ver si concuerdan con ellas o no, y para sacar las conclusiones que de tal comparación se desprendan. Aunque tenemos bastante bibliografía acerca del tema, basaremos este estudio en el artículo que acerca de la materia aparece en el tomo 26 de la *Encyclopedia Americana*. Nos parece lo más justo pues fue escrito por James S. Perkins, ex presidente de la Sociedad Teosófica de los Estados Unidos.

Significado del nombre

La palabra teosofía procede de dos términos griegos: *theos*, que significa Dios y *sofia*, que significa sabiduría. La síntesis sería: sabiduría de Dios.

Breve historia de la teosofía

Los autores teósofos aseveran que las doctrinas que ellos sustentan y difunden tienen un origen que se remontaría a edades antiquísimas, y que se habría manifestado de diversas maneras en Egipto, China, India y Grecia antigua, como asimismo en ciertos filósofos europeos más modernos, entre los cuales destacaremos a los alemanes Jakob Böhme y Johannes Eckhart. Pero para el estudiante objetivo éste no podría remontarse más allá del tercer decenio del siglo pasado, cuando nació la Sra. Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891) —una dama rusa— que fundó la Sociedad Teosófica el 17 de noviembre de 1875 juntamente con el Coronel Henry Steel Olcott, de Nueva York, él como presidente y ella como secretaria.

Evidentemente esta señora era una verdadera secretaria ejecutiva, porque eclipsó totalmente a su presidente, de quien los no teólogos ni siquiera se acuerdan, a tal punto que todas las doctrinas de la Sociedad Teosófica encuentran su fundamento en las obras de la Sra. Bla-

vatsky, entre las que destacamos aquí *Isis Unveiled* (Isis develada, 1877), *The Key to Theosophy* (La clave de la teosofía, 1889) y *The Secret Doctrine* (La doctrina secreta, 1888). Esta última es su obra más famosa, y ha sido traducida a numerosos idiomas.

Los teósofos sostienen que la Sra. Blavatsky, para escribir sus obras, recibió la ayuda de ciertos "adeptos" o "sabios" orientales de quienes era discípula. No aclaran quiénes eran esos personajes.

Otra teósofa importante y famosa fue Annie Besant (1847-1933), inglesa, que se distinguió como reformadora social, teósofa y campeona de la independencia de la India. Alrededor de 1885 leyó la obra de la Sra. Blavatsky titulada *The Secret Doctrine* y se convirtió a la teosofía. Fue presidente de la Sociedad Teosófica desde 1907 hasta su muerte.

A pesar de todas las declaraciones de los teósofos en el sentido de que sus doctrinas tendrían una gran antigüedad, el observador imparcial no puede menos que quedar impresionado con la convicción de que se trata de un gran esfuerzo por poner en lenguaje occidental, y al alcance de los así llamados cristianos, las doctrinas del hinduismo, adaptándolas en más de un caso. Con una cantidad enorme de modificaciones introducidas a lo largo de los siglos, éstas proceden de las doctrinas sostenidas originalmente por los pueblos arios que invadieron el norte de la India alrededor del siglo XV antes de Cristo, más o menos por la misma época cuando Moisés comenzó a escribir el Génesis en la península del Sinaí. En resumen, la teosofía vendría a ser una rama más o menos occidentalizada del hinduismo.

Las doctrinas teosóficas

Para tratar este tema, y sin la menor pretensión de agotarlo, por cierto, vamos a referirnos a cuatro aspectos principales:

1. Su concepto de Dios.
2. Su concepto del universo.
3. Su concepto del hombre.
4. Su concepto de la salvación (si le podemos dar ese nombre).

1. *Concepto de Dios.* En *The Secret Doctrine* la Sra. Blavatsky define así a Dios: "Un principio omnipresente, eterno, ilimitado e inmutable, que trasciende la capacidad de la concepción huma-

na, y que está más allá del alcance de su pensamiento [del hombre]: inimaginable e indescriptible". En otra de sus obras (el Sr. Perkins no nos dice en cuál) lo describe de este modo: "Dios existe y es bueno. Es el gran Dador de la vida que mora dentro de nosotros y fuera de nosotros; no puede morir y sus beneficios son eternos. No se lo puede oír, ni ver, ni tocar; pero el hombre que desea percibirlo lo puede percibir".

Más adelante, al referirse a la creación o cosmogénesis, la Sra. Annie Besant nos da otra vislumbre del concepto teosófico acerca de Dios: "Un Logos llega a ser el Dios Manifiesto al imponerse un límite mediante el cual circunscribe voluntariamente el ámbito de su propio Ser para determinar la esfera de Su actividad. De ese modo marca los límites de Su Universo. El Universo nace, se desarrolla y muere dentro de esa esfera; vive, se mueve y tiene su ser en El; su material (del Universo) es su emanación; sus fuerzas y energías proceden de Su vida; El es inmanente (se encuentra inmerso) en cada átomo. . . Así nos lo han enseñado los sabios de la Antigua Sabiduría desde los comienzos de los mundos existentes (o manifiestos).

"De la misma fuente hemos aprendido del desdoblamiento del Logos en una triple forma: El Primer Logos, la raíz de todo ser; de él surge el Segundo, en quien se manifiestan los dos aspectos de vida y forma, la dualidad primigenia, que constituyen los dos polos de la naturaleza entre los cuales se teje la tela del universo. . . A continuación el Tercer Logos, la mente universal, en quien existe todo arquetípicamente, el origen de los seres, la fuente de las energías modeladoras. . ."

Analicemos un poco algunos de estos conceptos, y comparémoslos con la Biblia para ver si concuerdan con ella o no. La Biblia dice: "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isa. 8: 20). Lo que traducido al castellano de hoy sería: "Comparemos toda doctrina con las enseñanzas de la Biblia. Si no concuerdan con ellas están a oscuras; no les ha amanecido". Además, Jesús dice: "Tu Palabra (la Biblia) es verdad".

Según los teósofos, Dios sería "un principio", una especie de poder, una influencia. Según la Biblia, Dios es una Persona perfectamente diferenciada y totalmente independiente de su creación. Difícilmente haya otra doctrina más extensa y claramente enseñada en la Biblia. En la *Concordancia bíblica* aparecen 55 columnas de textos bíblicos referentes al tema, distribui-

das en 19 páginas. Damos una referencia, al azar, de muestra: "Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada". Dios habla. Tiene nombre. Da un mensaje definido. No es un "principio"; es una Persona.

Los teósofos dicen que Dios es "inimaginable e indescriptible". Pero Daniel lo vio en visión profética y nos describe lo que vio acerca de El. (Véase Dan. 7: 9-14.) Quiere decir que en determinadas circunstancias, precisamente por ser una Persona, el Dios de la Biblia es imaginable y descriptible.

Los teósofos dicen que Dios "es el gran Dador de la vida que mora dentro de nosotros y fuera de nosotros". Si a esto le añadimos que el universo "vive, se mueve y tiene su ser en El", y que "El es inmanente (o está inmerso) en cada átomo", nos encontramos con una concepción de Dios que si no es panteísta, se parece bastante al panteísmo. De paso, el panteísmo es la doctrina que asevera que Dios está en todas las cosas existentes, animadas e inanimadas, dentro de nosotros y fuera de nosotros. Es evidente que la teosofía trata de despersonalizar a Dios, y en este aspecto, lamentablemente, no concuerda con la Biblia que, como ya dijimos, enseña definitivamente que Dios es una Persona totalmente independiente de su creación.

La trinidad teosófica, es a saber, el Primer Logos, el Segundo Logos y el Tercer Logos, tampoco concuerda con la Trinidad bíblica. Aquélla es un desdoblamiento de Dios para el cumplimiento de funciones creadoras específicas. Esta es la triple manifestación del mismo y único Dios personal en beneficio del hombre y para su salvación. La trinidad teosófica no salva a nadie. La Trinidad bíblica es esencialmente salvadora y está dedicada a la tarea de beneficiar al hombre. (Véanse Mat. 28: 18-20; Rom. 1: 7; 1 Cor. 1: 3; 2 Cor. 1: 2; Efe. 6: 23; Fil. 1: 2; 2: 11; Col. 1: 2; 2 Tim. 1: 2; 2 Cor. 13: 14; y muchas otras referencias más.)

La teosofía nos enseña que a Dios "no se lo puede oír, ni ver, ni tocar". Pero el apóstol Juan nos dice: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo [Logos] de vida. . . lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos" (1 Juan 1: 1-3). El Dios de la teosofía no se puede ver, ni oír, ni tocar. El de la Biblia sí, pues Juan lo vio, lo oyó y lo tocó. Jesús dice: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5: 8). Y cuando Jesús regrese - El es Dios en la

totalidad del sentido de la palabra – “todo ojo le verá” (Apoc. 1: 7).

El Dios de la teosofía no se puede conocer, sólo se lo percibe. El Dios de la Biblia se puede conocer: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17: 3).

Conclusión: El concepto teosófico de Dios y el bíblico no concuerdan en varios aspectos fundamentales. Por lo tanto, uno de los dos conceptos debe ser erróneo, porque la verdad es una sola.

2. *Concepto del universo.* La cosmogonía teosófica es bastante parecida a la hindú, de la cual evidentemente deriva. Según ella la creación está constantemente expandiéndose y con-

porque El no lo ha revelado. Y eso por una razón muy sencilla: no lo comprenderíamos, y no afecta para nada nuestra salvación y nuestro bienestar eterno tampoco. Cuando estemos en su reino gozando de vida eterna, ya vamos a tener tiempo para aprender todo lo que sea necesario saber al respecto. Por el momento, Dios quiere que sepamos, eso sí, lo que El hizo con la tierra, que es nuestra morada natural, y eso está claramente revelado en Génesis 1 y en los tres primeros versículos del capítulo 2. Según esa revelación Dios creó este planeta para que fuera la habitación de los seres humanos, y lo hizo en seis días. Por eso le dio el séptimo para que lo guardaran precisamente con el fin de que siempre recordaran ese acontecimiento.

Por otra parte, y hasta donde sabemos, la cosmogonía teosófica no nos dice nada respecto de esta tierra ni de la creación del hombre. Es impresionante la indiferencia del dios de la teosofía con respecto al hombre. El Dios de la Biblia, en cambio, creó al hombre por amor, mediante un acto sumamente especial, le dio su imagen y semejanza, lo ama, y quiere su salvación y su felicidad eternas.

Conclusión: Desde un punto de vista puramente científico, la cosmogonía teosófica y la bíblica se encontrarían ambas en el campo de las teorías – es decir, serían suposiciones acerca del origen del universo y de la vida que no se pueden demostrar mediante los recursos que están al alcance de la ciencia –; nos inclinamos decididamente por aceptar la cosmogonía bíblica, puesto que se basa en una revelación mucho más sólida y perfectamente demostrable.

3. *Concepto del hombre.* Según la teosofía, el ser humano está compuesto básicamente por dos elementos que serían cuerpo y alma, tal como lo supusieron los filósofos griegos, lo sostiene la Iglesia Católica, y la mayor parte de las iglesias protestantes. Pero como el hombre sería en cierto modo a lo menos una imagen del universo, que ya vimos se manifestaba en siete planos, el hombre, según los teósofos, posee siete “cuerpos”. Cuatro corresponderían al cuerpo propiamente dicho, y tres al alma. Veamos: 1. Cuerpo físico, 2. Cuerpo vital, 3. Cuerpo astral o asiento de los deseos, 4. Cuerpo mental. Estos corresponderían al cuerpo propiamente dicho. Ahora vienen los del alma: 5. Cuerpo causal, o de las facultades mentales superiores, 6. Cuerpo búdico, o de las facultades espirituales capaces de captar las bendiciones, y 7. Cuerpo nirvánico o atómico.

Pero antes de entrar en el concepto bíblico del hombre, y tomando en cuenta que la mayor

El Dios de la teosofía no se puede conocer, sólo se lo puede percibir. El Dios de la Biblia sí se puede conocer y desea que lo hagamos.

trayéndose. Pero cada expansión puede durar miles de millones de años, y lo mismo puede ocurrir con cada contracción. Para decirlo de otro modo, según esta teoría el universo pasaría por etapas sucesivas de vida y de muerte, para resucitar otra vez. Aparentemente ahora nos encontraríamos en uno de esos periodos de expansión del universo. Pero yendo a lo concreto, en determinado momento el Logos Solar (?) se manifiesta al término de la contracción y comienzo de la expansión, y sopla en el abismo producido por la contracción, llenando con su energía todo ese espacio. Así se expande una vasta esfera dentro de la cual se produce un gigantesco vórtice, que finalmente se concreta en una nebulosa. A esa nebulosa el Logos envía sucesivos impulsos hasta que se producen siete mundos materiales concéntricos con diferentes grados de densidad. Estos siete mundos constituyen los siete planos, que los teósofos denominan: 1. Físico, 2. Astral, 3. Mental, 4. Búdico, 5. Atómico, 6. Anupadaka y 7. Adi. Cada uno de estos siete grandes planos se subdivide en siete subplanos.

La Biblia no entra en tantas complicaciones, que por otro lado son indemostrables. Su primer versículo nos dice: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1: 1). Ese “en el principio” significa la eternidad pasada. Dios creó el universo en algún momento de la eternidad. Pero cuándo y cómo lo hizo, no lo sabemos,

parte de la población de nuestros países es de origen católico, creemos que es bueno aclarar aquí que el concepto católico –y protestante– del hombre tampoco se basa en la Biblia, sino en el pensamiento de los filósofos griegos espiritualistas, que concebían al hombre como una dualidad, es decir, un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo, según ellos, sería material e intrínsecamente malo, y el alma sería espiritual e innatamente buena. El alma buena estaría encarcelada dentro del cuerpo malo, y su salvación consistiría en liberarse de ese cuerpo malo para continuar viviendo como espíritu por la eternidad en un ambiente de felicidad ininterrumpida. De paso, subrayemos el hecho de que el alma, según los griegos, es inmortal.

¿Qué nos dice la Biblia acerca de este tema? En primer lugar, que el hombre no es un compuesto de siete cuerpos, como sostienen los teósofos, ni de dos elementos contradictorios, como sostenían los griegos y lo sigue afirmando el cristianismo popular, sino una unidad constituida por dos elementos inseparables, es a saber, el polvo de la tierra y el sople de vida o energía vital procedente de Dios. Al referirse a la creación del hombre la Biblia nos dice: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gén. 20. 7). Hagamos una suma: Polvo de la tierra + aliento de vida = ser viviente. Está comprobado científicamente que el cuerpo humano está formado por elementos procedentes del polvo de la tierra. Estos elementos, vivificados milagrosamente por Dios, dan como resultado un ser humano vivo. Debe quedar bien en claro que el “aliento de vida” mencionado aquí no es el alma. La expresión “ser viviente” también se puede traducir por “alma viviente”. Cada ser humano, según la Biblia, es un alma; y un cuerpo forma parte de esa alma. Si Dios retira su aliento de vida ya no hay más alma, sino sólo un cadáver, que al descomponerse devuelve a la tierra los elementos que se obtuvieron de ella al formar su organismo.

Ahora bien, según Génesis 1: 26 el hombre fue creado a imagen de Dios, que es una “Trinidad”: Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, un solo Dios manifestado en tres personas que siguen siendo el mismo y único Dios. De acuerdo con esto, el ser humano, según la Biblia, también es una “trinidad”. Leamos: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, *espíritu, alma y cuerpo*, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes. 5: 23, la cursiva es

nuestra). Aquí está la “trinidad”: espíritu, alma y cuerpo. Ahora bien, las palabras griegas correspondientes –puesto que el original del Nuevo Testamento se escribió en griego– son *pneuma* (viento o aire), *psyjé* (mente, de esta raíz viene nuestra palabra psiquis) y *soma* (cuerpo). Mediante nuestros cuerpos actuamos. Mediante nuestro espíritu nos damos cuenta si algo es bueno o malo, y también –muy importante– podemos ponernos en comunicación con Dios, conocerlo, adorarlo, y aceptar la salvación que nos ofrece.

Conclusión: El concepto teosófico del hombre no concuerda con el de la Biblia. Tampoco concuerda con ella el concepto griego-católico. Lo que la Biblia nos enseña acerca del hombre es perfectamente coherente y comprensible.

4. *Concepto acerca de la salvación.* La teosofía no enseña nada que se acerque siquiera al concepto bíblico de la salvación. En cambio, la Biblia entera gira en torno del gran tema de la salvación del hombre.

Según la teosofía, el alma humana es una emanación, o mejor dicho una chispa de Dios; una pequeñísima porción que se desprendió de Dios para vivir independientemente. ¿Cuándo sucedió esto? Según los teósofos puede haber sido hace miles de millones de años. Lo interesante es que a pesar de ser un desprendimiento de Dios –que se supone es perfecto– el

Las desgracias que nos ocurren no son el pago de deudas contraídas en vidas anteriores.

alma humana necesita perfeccionarse. Para lograrlo puede necesitar miles de millones de años, y pasar por numerosísimas reencarnaciones, hasta que por fin, al alcanzar la perfección, gracias exclusivamente a su propio esfuerzo, entra en el Nirvana o éxtasis que le produce el regresar al seno de la Divinidad.

¿Cómo cayeron las almas en la imperfección? La teosofía no lo explica. Por lo menos, en lo que hemos leído, no encontramos la menor explicación. Parecería que para los teósofos el bien y el mal son tan necesarios el uno como el otro; serían como las dos caras de la misma moneda: la una complementa a la otra. En este caso el mal complementa al bien, y la imperfección a la perfección. Expresado de otro modo, sería necesario pasar por la imperfección

para lograr por fin, tras esfuerzos más que denodados y prolongadísimos, la perfección anhelada. Desde esta perspectiva, el cuadro que nos pinta la teosofía acerca de la vida es tremendamente desalentador.

De cualquier manera, la meta de la perfección --siempre según la teosofía-- se logra por fin, a través de un tiempo prolongadísimo, por medio de un método que es la reencarnación, llamado también transmigración de las almas o metempsicosis, dentro del marco de una ley, que los teósofos afirman es lo más justo que hay en el universo, y a la cual dan el nombre de "karma".

Según la doctrina de la reencarnación, el alma no sólo sería inmortal, sino que además tendría la facultad de reaparecer en este mundo numerosas veces por medio de distintos cuerpos, ya sea de animales o de seres humanos, reencarnándose en ellos. Si en el curso de su vida humana alguien ha vivido disolutamente, su alma, después de evolucionar por las regiones etéreas por espacio de 800 a 1.500 años, puede reencarnarse en un animal, y si como animal se porta bien, después de morir, y de transcurrir un lapso más o menos parecido, puede volver a reencarnarse en un ser humano. Si nuevamente como ser humano se sigue portando bien, después de la muerte y consiguiente descanso de 800 a 1.500 años, se encarnará en otro ser humano superior, y así sucesivamente, *ad infinitum*, hasta que llegue al Nirvana. . .

¿Qué es el karma? Es una ley moral que podríamos definir mediante el dicho popular de que "quien la hace, la paga", con el aditamento teosófico de que "la paga, si no es en esta vida, es en su próxima reencarnación". Los teósofos explican mediante el karma las calamidades o desgracias que sobrevienen inexplicablemente a algunas personas que aparentemente no merecerían, bajo ningún concepto, sufrir semejantes siniestros. "Están pagando alguna falta cometida en una vida anterior" nos dicen. La única inconsecuencia es que si nos cae una desgracia ahora, sabemos que estamos pagando por algo que hicimos tal vez hace tres mil años, en una vida anterior, y acerca de lo cual no tenemos ahora la más mínima noticia.

En cambio, la Biblia dice que Dios hizo este Universo perfectamente bueno, sin vestigios de mal (Gén. 1: 31). Según la Biblia el mal es un intruso que no tiene absolutamente nada que hacer aquí; de ningún modo es el complemento del bien; todo lo contrario: es su enemigo, y cuando termine el plan de salvación de Dios el

mal desaparecerá definitivamente y para siempre del universo.

Según la teosofía, el hombre llega ineludiblemente a la perfección pero gracias a su solo esfuerzo personal. En otras palabras, el hombre es su propio salvador. Según la Biblia el hombre, al caer, cercenó todas sus posibilidades de lograr la perfección, puesto que cayó de una condición de perfección. Por lo tanto, es imposible que se salve gracias a sus propios esfuerzos. La Biblia nos enseña que la salvación es una obra que sólo Dios puede hacer. Nuestra parte consiste en aceptar esa salvación.

Según la teosofía la ley del karma regula nuestra vida, y nos hace pagar culpas que nosotros ignoramos totalmente. Según la Biblia, la ley moral por excelencia son los Diez Mandamientos, que nos indican nuestros deberes hacia Dios y hacia nuestros semejantes, y que son de una perfección tal que jamás han podido ser superados. Pagaremos solamente por culpas de las que somos conscientes, a menos que nos sean perdonadas al aceptar la salvación ofrecida por Jesús. Las desgracias que nos ocurren en nuestra vida no son el pago de deudas contraídas en vidas anteriores, sino consecuencia del hecho de que estamos viviendo en el campo de batalla entre las fuerzas del bien y del mal, y que alguna bala perdida nos puede tocar. Pero tenemos la promesa de Dios de que esto pronto acabará, y cuando eso ocurra . . . jugará Dios toda lágrima de los ojos de él (Apoc. 21: 4).

Para terminar, diremos que la revelación de la Biblia es infinitamente superior a las revelaciones que sirven de base a la teosofía. La Sra. Blavatsky recibió sus doctrinas gracias a unos maestros desconocidos. La Biblia es fruto de lo que escribieron unos cuarenta hombres, a lo largo de 1.600 años, y con quienes Dios mismo habló sin intermediarios de ninguna especie.

Deseamos de todo corazón que la información que hemos proporcionado por medio de este artículo dé a nuestros lectores no sólo una visión panorámica y resumida de la teosofía, sino sobre todo del hecho de que sus doctrinas no concuerdan con las de las Sagradas Escrituras. Quiera el Señor ayudar y bendecir a cada lector, cuando le toque tratar con teósofos, o con personas que se están inclinando por la teosofía. La verdadera sabiduría de Dios está en la Biblia. ■

El pastor Gaston Clouzet es director de los Departamentos de Accion Misionera y Escuela Sabatica de la Union Austral.